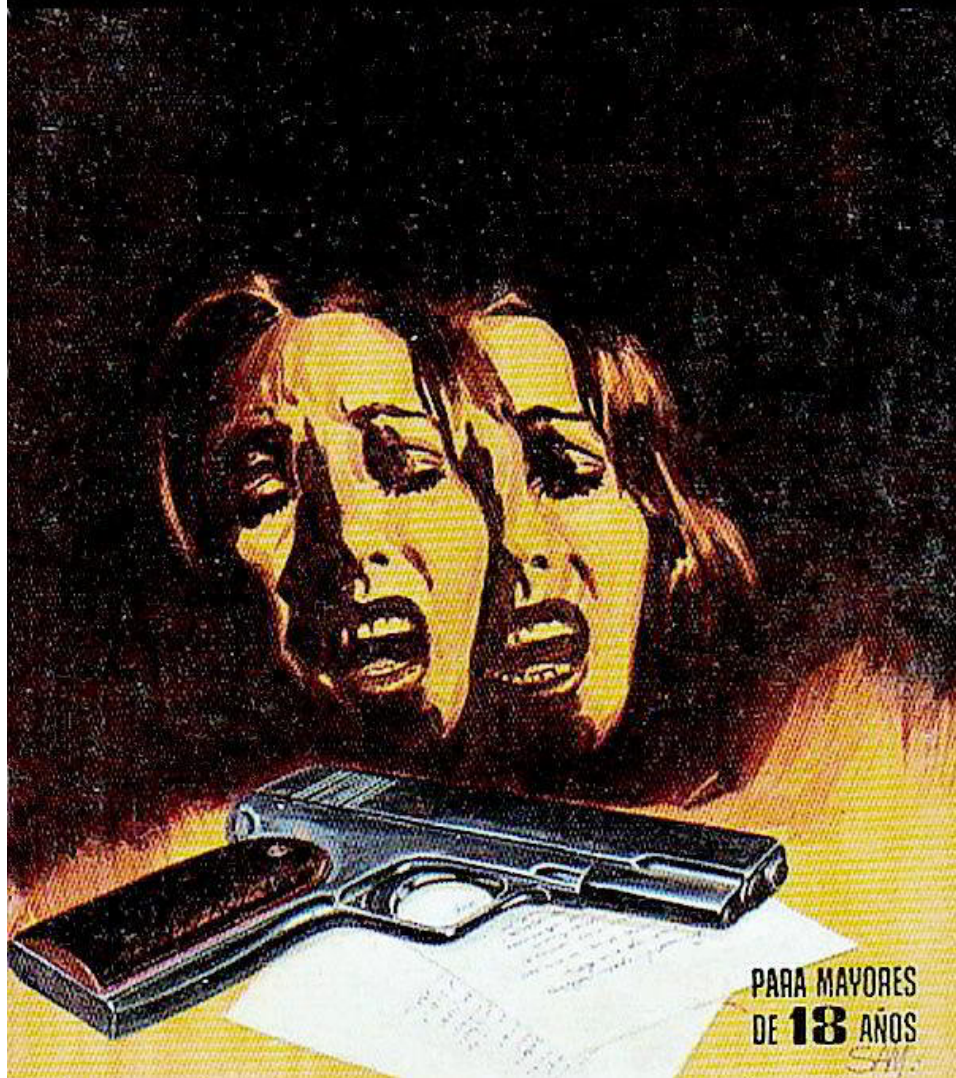


SERVICIO
SECRETO

SS

EL CASO DE LA MUJER DUPLICADA

Clark Carrados



PARA MAYORES
DE **18** AÑOS

El hombre que entró en el Banco, ofrecía un aspecto bastante vulgar. Vestía cazadora de color claro, camisa de rayitas, pantalones tejanos y zapatillas deportivas. El pelo era abundante y rizado, de color castaño; en cambio, no se podía ver el color de los ojos, debido a las gafas de color que usaba, tipo piloto aviador. Un gran mostacho negro adornaba su labio superior y llegaba casi a los bordes del mentón. En la mano izquierda llevaba una bolsa de lona azul.

El cajero se puso en guardia instantáneamente. Presintió que iban a ser víctimas de un atraco. En aquellos momentos, salvo dos clientes, no había en el Banco otras personas que los empleados.



Clark Carrados

El caso de la mujer duplicada

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1556

ePub r1.0

Lds 26.01.19

Título original: *El caso de la mujer duplicada*

Clark Carrados, 1980

Cubierta: Jorge Sampere

ePub modelo

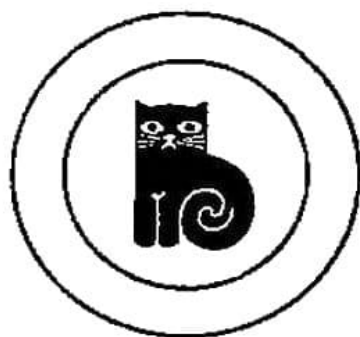
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

El hombre que entró en el Banco, ofrecía un aspecto bastante vulgar. Vestía cazadora de color claro, camisa de rayitas, pantalones tejanos y zapatillas deportivas. El pelo era abundante y rizado, de color castaño; en cambio, no se podía ver el color de los ojos, debido a las gafas de color que usaba, tipo piloto aviador. Un gran mostacho negro adornaba su labio superior y llegaba casi a los bordes del mentón. En la mano izquierda llevaba una bolsa de lona azul.

El cajero se puso en guardia instantáneamente. Presintió que iban a ser víctimas de un atraco. En aquellos momentos, salvo dos clientes, no había en el Banco otras personas que los empleados.

Con toda tranquilidad, el recién llegado se acercó al mostrador y sacó un revólver de la bolsa, colocando ésta como escudo para que el arma no fuese vista por ojos indiscretos.

—Ponga aquí todo el dinero que tenga a mano —ordenó con acento completamente natural—. Y, por supuesto, no utilice la alarma silenciosa. «Ninguna alarma» —recalcó.

—Sí, sí, señor... Al momento, señor —contestó el cajero. La forma mesurada del atracador le daba mucho más miedo que si hubiese entrado soltando gritos y disparando al aire para aterrorizar al personal. Con manos nerviosas, empezó a apilar fajos de billetes, para ponerlos en la bolsa que ya estaba abierta.

Nadie parecía haberse dado cuenta de que se estaba cometiendo un atraco. Súbitamente, uno de los empleados, sentado hasta entonces en una mesa, se puso en pie, con unos documentos en las manos. Casualmente, miró hacia la ventanilla de caja y vio algo que le hizo fruncir el ceño.

El atracador se percató de que había sido descubierto y pareció

ponerse muy nervioso. Alargó la mano, apretó el gatillo y derribó al empleado con un balazo en el hombro.

Sonaron chillidos de mujer. Todos los ojos se volvieron instantáneamente hacia el lugar donde había sonado el estampido. En aquel momento, el herido trataba de incorporarse. Gritaba de dolor.

El forajido hizo fuego de nuevo. Esta vez, su bala alcanzó de lleno al empleado, atravesándole la frente.

El cajero, aterrado, se había agazapado bajo el mostrador. Los dos clientes estaban tumbadas en el suelo. El atracador maldijo en voz baja. Su golpe se había frustrado.

—¡Que nadie se mueva! —gritó, mientras retrocedía a la carrera hacia la salida—. Mataré al primero que agite una sola pestaña...

Un par de segundos más tarde, había desaparecido, sin conseguir su objetivo, aunque dejando tras de sí el sangriento saldo de una vida humana perdida definitivamente.

* * *

La mujer se movía por la estancia con toda naturalidad, con tanta ropa encima como el día en que vino al mundo. Tenía unos treinta años, y su pelo rubio y muy frondoso, caía en ondulantes cascadas sobre su desnuda espalda. Los senos eran redondos, pesados, y las caderas, firmes y henchidas, pero afortunadamente, toda idea de exuberancia desaparecía al contemplar el talle, singularmente esbelto. Mientras se movía de aquí para allá, un cigarrillo colgaba de sus labios y el humo la seguía como una estela azulada.

Sentado en la cama, Charlie Dibson, alias *Red Fox* (Zorro Rojo), leía el periódico que la rubia le había llevado minutos antes. En la contigua mesilla de noche, Dibson tenía un servicio de café. De cuando en cuando, sin abandonar la que juzgaba apasionante lectura, tomaba un sorbo de la taza que tenía al alcance de la mano. El caso que se había debatido la víspera en los tribunales era sumamente apasionante. Dibson tuvo que confesarse a sí mismo que no había conocido otro igual en la crónica judicial de hacía muchísimos años.

El periodista lo titulaba «El caso de la mujer duplicada». Dos

hermosas jóvenes, ambas exactamente iguales, aunque no hermanas gemelas, se disputaban la propiedad de una fortuna evaluada en unos trescientos cincuenta millones de dólares. Ambas aseguraban llamarse de la misma manera: Helen Dobbs-Ryan, y solamente por la indumentaria se las podía distinguir. El periodista, mordaz, comentaba que en traje de Eva, la diferenciación habría resultado tan fácil como la de dos gotas de líquido procedentes del mismo cuentagotas.

Sólo que en este caso, el cuentagotas había sido la madre Naturaleza. Un eminente biólogo había intervenido en una de las sesiones dedicadas al caso, declarando que las probabilidades de absoluta igualdad entre dos personas eran de cinco trillones a uno, pero que, sin embargo, no era imposible. «En la Naturaleza, no hay nada imposible», había terminado enfáticamente su intervención.

La demandante había mencionado detalles de su vida, que sólo podían ser conocidos por ella misma, en apoyo de su tesis, pero el abogado de la demandada había destruido sus argumentos, sobre la base de una profunda investigación en la vida de su defendida.

—Incluso, y puesto que la demandante menciona pasajes de su niñez, podría decir al tribunal qué le sucedió con su gatita «Daisy», la que le regalaron cuando la demandante tenía sólo cuatro años de edad.

—Tuvo gatitos, naturalmente —contestó la demandante.

—Está equivocada, señorita —contradijo el abogado—. «Daisy» fue aplastada, involuntariamente, claro está, por el coche del señor Pendleton, vecino de los señores Dobbs-Ryan. Y para probarlo, presentaré un testigo presencial del suceso...

El testigo, en efecto, había corroborado la afirmación del letrado. El testigo era, nada menos, que el involuntario autor del atropello que había concluido con la vida de la gatita «Daisy».

Pero lo que había derrotado por completo a la demandante eran ciertas características personales que resultaron absolutamente intransferibles e incopiables.

—La firma puede imitarse a la perfección y engañar al más experto, aunque yo no dudo en absoluto de las declaraciones de los peritos calígrafos que han examinado las distintas muestras que se les presentaron para su estudio y cotejo con la firma habitual de mi defendida —había dicho el defensor de Helen Dobbs-Ryan—. «Es»

su firma, la conozco desde hace años... pero, aun así, admitiría el posible fraude, de no ser por una irrefutable prueba: las huellas dactilares. Esas huellas, de las que han aparecido ejemplares en la Jefatura de Policía —aquí, el abogado soltó una risita—. Mi cliente, en efecto, fue arrestada en una ocasión por conducir en estado de embriaguez y chocar con su coche contra otro, al que causó graves daños, aunque por fortuna no se produjeron lesiones a las personas... Esas huellas de la Jefatura de Policía, en efecto, corroboran...

—¡Yo nunca he estado detenida! —protestó enérgicamente la demandante—. Jamás me arrestaron por conducir en estado de embriaguez y menos aún me ficharon en la policía...

—Señorita —dijo el abogado tranquilamente—, si lo desea, se puede solicitar una investigación en los archivos policiales, para el caso de un posible error. Pero ¿puede darse el mismo error en los archivos de la marina, en donde la demandada sirvió voluntariamente durante un año? ¿Puede darse el mismo error, en la Seguridad Social?

Aquello había sido la puntilla que había rematado el caso. El juez no vaciló ya más y declaró no hacer lugar a la demanda, reconociendo como legítima Helen Dobbs-Ryan a la joven defendida por el abogado Gregory Humble, a la cual otorgó la plena posesión de cuantos bienes de todas clases y cantidades de dinero componían la herencia en litigio.

Y entonces, a partir de aquel instante, fue cuando Charlie Dibson adquirió la convicción de que la demandante, contra lo que todo el mundo pudiera afirmar, era la auténtica Helen Dobbs-Ryan y que la otra era una impostora.

Pero en el mismo momento, algo redondo le acarició una mejilla.

—Red —dijo la rubia.

A Dibson habían empezado a llamarle Red Fox, debido a sus cualidades personales, pero con el tiempo, el apodo había quedado reducido a la primera mitad, cosa que a él le traía sin cuidado, aunque en honor a la verdad, hay que decir que casi le gustaba más que le llamaran Red que por su verdadero nombre. Pero al sentir en su mejilla el suave contacto de aquella cosa redonda y sedosa, volvió la cara un poco y apresó con los labios el erguido vértice de

la semiesfera que la rubia había puesto tentadoramente al alcance de sus caricias.

Ella se estremeció. Dibson se separó un poco y la miró con sorpresa.

—Mavis, nos hemos pasado la noche... danzando, sin pegar ojo apenas —dijo—. ¿Es que aún no tienes bastante?

Ella le abrazó apasionadamente.

—Hay un refrán que es una mentira —suspiró—. No, no es verdad. «Lo bueno, si breve, dos veces bueno», es un infundio. Yo digo: «Lo bueno, cuanto más, más bueno».

—Puede que tengas razón —sonrió él.

Y luego, después del éxtasis, cuando se hubo quedado desmadejada en el lecho, ella dijo:

—Red, ¿qué les das a las mujeres?

—Es la pregunta más tonta que he oído en los días de mi vida —contestó Dibson riendo, aunque evidentemente halagado por el indudable reconocimiento de su masculinidad.

Al cabo de unos segundos, reaccionó, se sentó en la cama, alargó la mano hacia el teléfono, lo puso sobre su regazo y marcó un número. A los pocos segundos, dijo:

—Ray, ¿eres tú? ¿No? ¿Que eres Doodie? Oh, claro, la voz... Perdona, chica; es que no te había reconocido... Anda, sé buena y dile a Ray que quiero hablarle... Ray... Ah, estabas en el baño; lo siento. Oye, tengo un negocio en perspectiva. Anda, localiza a los otros. Nos reuniremos en mi casa a las seis en punto. No falles, es muy importante. Gracias... Dale recuerdos a Doodie de mi parte. Adiós.

La rubia, tendida de costado en la cama, con la cabeza apoyada en una mano, le miró fijamente.

—Red, ¿a qué te dedicas? ¿Qué clase de negocios son los tuyos? —exclamó.

Dibson saltó de la cama y le devolvió la mirada, junto con una sonrisa.

—Nena, si quieres vivir largos años, no hagas preguntas capciosas —contestó, con fingida truculencia.

Y luego empezó a vestirse, porque la lectura del final del juicio en el caso de la mujer duplicada le había hecho concebir una idea de la que esperaba grandes beneficios monetarios.

CAPÍTULO II

Había en la estancia una variada colección de tipos, congregados en torno a una mesa, provista abundantemente de bebidas y bocadillos. Los cuatro hombres y la mujer estaban sentados. El único que permanecía en pie era, precisamente, el anfitrión.

La mujer era alta, muy delgada, próxima a los cincuenta años, pero todavía con cierto atractivo. Quizá por su misma delgadez le aplicaba el apodo de la Gorda, cosa que todos procuraban hacer a sus espaldas. Sylvia Lamarr tenía muy mal genio en ocasiones y los hombres allí congregados lo sabían perfectamente.

Los hombres tenían también sus apodos: el Cojo, Ray Willows; Andy Mutt era el Zurdo; Chummy Gargan era el Bizco y, finalmente, el siempre elegante Hal Roafes era el *Dandy*. Todos los sobrenombres correspondían a características personales de sus propietarios. Willows cojeaba, Mutt era zurdo efectivamente y Gargan tenía el ojo izquierdo atravesado. Pero todos, Incluida Sylvia Lamarr, tenían una característica en común: eran grandes fieles amigos de Dibson.

Sylvia terminó su bocadillo, se limpió los labios y miró de soslayo al joven.

—¿Y bien, Red? Ya estamos aquí, reunidos como querías. ¿Cuál es el objeto de esta reunión?

—Me dijiste que era un buen negocio —le recordó el Zurdo, con una lata de cerveza en la mano.

Roafes se limpió afectadamente una mota de la solapa de su traje.

—Tengo necesidad de renovar mi vestuario y no quiero seguir escondiéndome de mi sastre —declaró jovialmente—. ¿Cuánto nos puede reportar a cada uno ese negocio, Red?

—¿Qué os parecerían cincuenta mil dólares a cada uno? —preguntó Dibson.

El Bizco saltó en su asiento.

—¡Red! ¿Tienes fiebre? —gritó.

Sylvia extendió una mano.

—Dejad que hable, chicos —pidió—. Si Red dice cincuenta mil dólares... podemos contar con ellos. Estoy segura.

—Gracias, encanto —contestó Dibson—. En efecto, pienso pedir doscientos cincuenta mil dólares para vosotros cinco... y cien mil para mí, naturalmente.

El Cojo entornó los párpados.

—Eso significa un total de trescientos mil —calculó.

—Efectivamente, el uno por mil de una herencia evaluada en trescientos cincuenta millones —corroboró Dibson.

Alargó una mano y cogió un cigarrillo de la caja que había sobre la mesa. Roafes chasqueó la lengua.

—Estás pensando en el caso de la mujer duplicada —adivinó.

—Exacto, el *Dandy* —admitió el joven sin pestañear.

—El juez ha dictado ya sentencia —recordó el Zurdo.

—Y es negativa para la demandante —añadió Sylvia.

—Pero yo sé que la demandante es la auténtica Helen Dobbs-Ryan —afirmó Dibson.

—¿Cómo puedes asegurar tal cosa? —preguntó el Bizco.

—La prueba de las huellas dactilares desbanca cualquier argumento en contra —dijo Roafes, mientras se echaba aliento en las uñas de la mano derecha.

—Y, ¿qué nos dices de las firmas, reconocidas como legítimas por los calígrafos? —intervino el Cojo.

—En primer lugar, os diré que conozco personalmente a Helen Dobbs-Ryan —contestó Dibson—. Posiblemente, como todo el mundo, me confundiría si las tuviese a las dos delante. Incluso desnudas, sin detalles externos que permitiesen otra clase de identificación.

—¿Algún lunarcito en un sitio estratégicamente atractivo? —sugirió Sylvia, maliciosamente.

El Bizco suspiró.

—Cualquiera de las dos es atractiva de la cabeza a los pies —dijo.

—Quizá conozca la ubicación de ese lunar —sonrió Dibson—. Pero deseo haceros reparar en algunos detalles. Las firmas se pueden suplantar...

—Querrás decir falsificar —le interrumpió el Cojo.

—Por favor, dejadme continuar —rogó Dibson—. Andy, imagínate que alguien sustituye la ficha bancaria en la que está registrada tu firma. Tu doble ha aprendido a firmar más o menos como tú, dado que el empleado puede recordar de memoria ese detalle. Pero la memoria, en un caso semejante, no sirve de nada, si no hay una comparación visual posterior. Sustituida la ficha, tu doble firmará más o menos como tú... y exactamente igual a la firma nueva, pero falsa. En el Banco, por tanto, la tomarán como auténtica.

—Queda la marina —objetó Sylvia—. Ahí, el cambio es mucho más difícil.

—Con dinero, y por desgracia, hay pocas cosas si difíciles en este mundo —filosofó el joven—. Incluso el cambio de huellas en los archivos de la Armada.

—Pero una ficha se envía a Washington...

—Y, en el momento adecuado, se envía la nueva, pidiendo se destruya la anterior, enviada por error. A veces sucede.

—Entonces, pasó lo mismo en la Seguridad Social —dijo el Zurdo.

Gibson asintió.

—¿Ha habido operación de cirugía estética? —preguntó Sylvia.

—Seguramente.

—¿Qué me dices de los recuerdos que la demandada citó en el juicio? —preguntó el *Dandy*—. Precisamente, el de la gatita «Daisy» resultó demoledor para la demandante.

—Los cuatro años no es la mejor edad para recordar ciertas cosas —adujo Dibson—. Aquí —continuó pausadamente—, se ha producido una conspiración, para apoderarse de una fortuna evaluada en trescientos cincuenta millones. Ha sido un plan muy elaborado, trabajado durante muchos meses, cuidado hasta el más mínimo detalle... y puesto en práctica en el momento apropiado.

—Red, hay algo que me extraña —manifestó Sylvia—. Supongamos que todo eso que dices es cierto, que la demandante sea la auténtica Helen y la demandada una impostora. Si, por el

procedimiento que sea, «duplicaron» a Helen, ¿por qué no matarla, una vez acabada la tarea? Los autores de ese plan se habrían librado así de muchos compromisos...

—En apariencia, habría sido la solución más sencilla —respondió el joven—. Muerta la auténtica Helen, la impostora no habría tenido problemas en lo sucesivo, pero de este modo, acudiendo a los tribunales y obteniendo una sentencia favorable, la impostora queda sancionada a los ojos de la opinión pública y de este modo, el fraude queda legalizado. La auténtica Helen no es ya sino una desaprensiva, que trató de aprovecharse del asombroso parecido fisonómico que tiene con la otra Helen. Su derrota legal la deja completamente desacreditada y sin armas que oponer a la estafa de que ha sido objeto.

—Entonces, estás convencido de que la demandante es la legítima Helen Dobbs-Ryan —exclamó el *Dandy*.

—Sí —respondió Dibson con rotundo acento.

—Aparte de conocimientos personales más o menos íntimos, ¿en qué te basas para hacer semejante afirmación? —inquirió Sylvia.

—En algo que me chocó esta mañana, al leer la reseña de la sesión final del juicio.

Hubo un momento de silencio. Cinco pares de ojos contemplaban ávidamente a Dibson.

—Vamos, suéltalo ya —pidió el Bizco, impaciente.

Dibson sonrió.

—Sylvia, muchachos, ¿cuándo habéis oído que una persona, dueña de una fortuna semejante, se haya preocupado de una cosa tan nimia como tener una tarjeta de la Seguridad Social?

* * *

De nuevo se produjo otra pausa. La primera en hablar fue Sylvia.

—¡Tienes razón! —exclamó excitadamente—. Un ricacho no se preocupa de la Seguridad Social...

—Pero si la impostora sabe tanto de la vida de Helen, ¿cómo lo ha conseguido? —exclamó el Cojo.

Dibson entornó los ojos.

—Hace dieciocho meses, Helen partió para intervenir en una expedición antropológica en las selvas amazónicas —dijo—. A pesar

de que es una chica podrida de dinero, resulta que ha sido siempre muy aficionada a las ciencias, hasta el punto de que logró doctorarse en Antropología y Etnología. Pero, apenas llegada al Brasil, desapareció, hasta el punto de que casi se la daba ya como perdida.

»De pronto, reaparece diciendo que había pasado todo aquel tiempo sola, estudiando las costumbres de una tribu desconocida, sin medios de comunicarse con el mundo civilizado. A los pocos días, se formula la demanda judicial y... Yo pienso que Helen no fue nunca al Brasil y que fue internada en algún lugar, en el que “copiaron” no sólo su aspecto personal, sino también sus características personales. Mientras tanto, como es lógico, se hicieron los cambios en las fichas de firmas bancarias y de huellas dactilares...

—Y ahora, los tipos que idearon el plan, tienen el saco abierto, para recibir el chorro de dinero que les va a producir su estratagema —exclamó Sylvia.

El *Dandy* miró de frente a su amigo.

—Yo he adivinado tus pensamientos —dijo—. Quieres que investiguemos, para probar la identidad de la demandante y pedirle luego una recompensa por devolverle su personalidad.

—Y su dinero —añadió el Cajo.

Dibson sonrió.

—Sois listos —dijo—. Sí, eso es lo que quiero. Y para empezar, nos ocuparemos cada uno de un tema. *Dandy*, a ti te corresponde el abogado...

El joven habló todavía durante unos minutos. Cuando terminó, Sylvia formuló una pregunta:

—¿Cuál es el personaje del que te vas a ocupar particularmente, Red?

—La demandante, por supuesto —respondió el interpelado.

* * *

La puerta se abrió y la ocupante del apartamento contempló con curiosidad al hombre alto y atractivo que estaba en el umbral. El pelo castaño y ondulado, los ojos claros y la sonrisa fácil, constituían un conjunto fisonómico difícil de resistir por muchas

mujeres y hacían volver la cabeza a la mayoría. La joven rubia, alta y de talle sumamente esbelto no pareció sin embargo reparar en tales detalles.

—Si es periodista puede marcharse —exclamó secamente—. Ya he dicho cuanto tenía que decir.

—No soy periodista ni has dicho todavía todo lo que tienes que decir, Helen —contestó el visitante—. Fue una semana solamente y hace un par de años, pero... ¿ya lo has olvidado, Helen Dobbs-Ryan?

Los ojos de la joven se abrieron desmesuradamente.

—Tú... Charles Dibson...

—Me llamabas Red entonces —dijo él.

Helen alargó la mano y asió el brazo de Dibson.

—Perdona, estos días me encuentro muy trastornada —se disculpó—. Entra, por favor. ¿Quieres una taza de café?

—Sí, gracias.

El apartamento, observó Dibson, era modesto, aunque no pobre. Helen se encaminó a la cocina y él la siguió, quedándose en la puerta, apoyado en una jamba, mientras la joven ponía la cafetera al fuego.

—Me habías olvidado, supongo —dijo Dibson.

—Para serte sincera, sí —admitió Helen—. Pero me agrada que hayas venido a visitarme. —Se volvió bruscamente—. Supongo que has leído los periódicos.

—Desde luego.

—Entonces, conoces mi problema.

—Sí.

—¿Qué opinas, Red? ¿Quién soy yo?

—Helen Dobbs-Ryan.

Los azules ojos de la joven chispearon un instante.

—Entonces no me consideras una impostora —dijo.

—Eres la auténtica Helen Dobbs-Ryan —insistió Dibson.

Helen se mordió el labio inferior y se volvió nuevamente hacia la cocina. Al cabo de unos minutos de silencio, llenó una taza y se la entregó al visitante.

Sonrió.

—Fue una semana maravillosa, Red —dijo.

—Nunca olvidaré aquellos siete días —aseguró Dibson.

—Yo tampoco. Fueron un magnífico sedante para mí. Creo que lo adivinaste casi desde el primer momento, ¿no es verdad?

Dibson hizo un pestañeo de asentimiento.

—No te conocía ni supe tu identidad hasta algunos días más tarde, pero adiviné tu problema sentimental.

—El me dejó cuando estábamos a punto de casarnos. Yo le amaba sinceramente.

—Eras una mujer rica, además de hermosa. ¿Por qué rompió contigo?

Ella hizo un leve encogimiento de hombros.

—Era voluble, inconstante... y muy listo.

—¿Listo? ¿Qué quieres decir? —se extrañó Dibson.

—Bueno, a veces... tocábamos el tema económico. Yo le había dado a entender que no le dejaría administrar mis bienes.

—Comprendo. Si no podía meter las manos en tu cofre, no valía la pena casarse contigo.

—Efectivamente, Red.

Dibson terminó el café y dejó la taza sobre la mesa.

—No lo lamentes, Helen —dijo—. Y ahora, vayamos al tema principal: tu identidad. Cuéntame, ¿cómo sucedió?

Helen se pasó una mano por la frente.

—A veces —murmuró—, ni yo misma consigo darme cuenta cabal de lo que sucede. Incluso he llegado a dudar de mí misma...

Dibson sonrió, mientras la asía suavemente por un brazo.

—Ven a la sala, siéntate y habla sin prisas, con toda tranquilidad. Piensa que estás con un amigo muy sincero, que quiere ayudarte a recobrar no sólo lo que es tuyo legítimamente, sino tu personalidad auténtica.

—Pagaría lo que fuese para demostrar quién soy en realidad —exclamó con gran vehemencia.

—Cuando lo haya conseguido, pagarás trescientos cincuenta mil dólares como minuta de mis honorarios —respondió él firmemente.

CAPÍTULO III

—Hace año y medio yo tenía programada una expedición al Brasil —dijo Helen—. Mejor dicho, la había planeado ya seis meses antes... Pensaba que la expedición sería mi luna de miel, pero fracasé en este aspecto, como sabes. Bien, a pesar de todo, continué con mis trabajos... después de un pequeño lapso de tiempo que me tomé para digerir aquel amargo trago. Con tu ayuda, claro —añadió sonriendo.

—Tú también pusiste algo de tu parte —le recordó Dibson, a la vez que le pasaba un cigarrillo, ya encendido.

Helen asintió.

—Sí, deseaba olvidar... Y lo necesitaba —convino—. Pero lo mejor será que sigamos adelante. Como te decía, me disponía a viajar al Brasil; tenía mucho interés en estudiar las costumbres de aquella tribu amazónica. Cuando me faltaban pocos días para emprender la marcha...

La joven se pasó una mano por la frente.

—Es curioso —murmuró—. No puedo recordar nada, Red. Hay un espacio en blanco en mi mente... Sé que lo tenía todo listo para viajar... Y, de repente, un día me desperté aquí, en este apartamento. Cuando miré un calendario y vi que había pasado año y medio, no lo podía creer. En un instante, había transcurrido un espacio de dieciocho meses.

—Es decir, te echaste a dormir en tu residencia de Belevue Hill y despiestas aquí, dieciocho meses más tarde.

—Exactamente, Red.

—Pero no has pasado aquí ese año y medio.

—No lo creo. Sin embargo, ignoro lo que me ha sucedido.

—¿No recuerdas nada, nada... absolutamente nada?

Helen cerró los ojos y se puso las manos en la frente, tratando de concentrarse en sí misma, para avivar su memoria.

—A veces... pero no estoy segura... Creo ver una habitación blanca, silenciosa... Alguien me pone unos alfileres en la cabeza y me hace preguntas y yo contesto... Pero creo que se trata de una pesadilla...

—Yo pienso todo lo contrario: es algo absolutamente real. Mejor dicho, lo fue —aseguró Dibson—. En resumen, te secuestraron y te llevaron a un sitio desconocido, en donde «vaciaron» tu mente de todos los recuerdos, traspasándolos a la que ahora ocupa tu sitio, una joven de figura idéntica a la tuya, guapa, nada torpe... y a la que, quirúrgicamente, han dado tu fisonomía, incluyendo, como es lógico, algún otro dato corporal, un lunar, alguna pequeña cicatriz de un leve rasguño... Y ella, ahora, es Helen Dobbs-Ryan y ocupa tu puesto y disfruta de tu fortuna. De lo que le dejan disfrutar los autores del plan de suplantación —añadió el joven.

—Sí, es cierto —convino Helen—. Pero están los detalles de la firma, de las huellas dactilares...

—Tuvieron dieciocho meses para hacer los cambios en las fichas correspondientes. La impostora se entrenó hasta que firmó casi exactamente como tú, pero como una firma jamás es absolutamente imitada y menos cuando se tiene que repetir en numerosas ocasiones, cambiaron todas las fichas donde esa firma estaba registrada. Y lo mismo hicieron con sus huellas digitales: cambiaron las otras fichas y destruyeron las tuyas. El rostro es idéntico, los modales, la forma de hablar... Dieciocho meses dan mucho de sí, Helen.

—Cierto, pero ¿también permiten adquirir los conocimientos que yo tengo sobre antropología y otros temas? Porque eso es cosa de muchos años...

—Seguramente, habrá estudiado lo más esencial, para salir del paso.

—¡Pero ha dicho que va a escribir un libro sobre su viaje al Brasil! ¿Es que ha estado allí, Red?

—Ciertamente, es un punto muy difícil de resolver, pero imagino que los autores del plan habrán ideado ya la fórmula para salir del paso airoosamente —dijo Dibson—. De todos modos, insisto, solucionaré tu conflicto.

Helen entornó los ojos.

—Antes has mencionado una cifra —murmuró.

—Lo admito. No puedo trabajar por amor al arte, aunque no te cobraré un solo centavo hasta que hayas vuelto a tu casa de Belevue Hill. Es más, incluso si lo necesitas, puedo prestarte algo de dinero. Trabajo para vivir, ¿sabes?

—¿A qué te dedicas, Red?

Dibson sonrió ambigualmente.

—Trabajo —contestó, evasivo y se puso en pie—. Por cierto, si «despertaste» aquí, ¿de qué vives?

—Bueno, cuando me recobré, vi que necesitaba dinero y fui al State Bank. Es un Banco pequeño y tenía allí una cuenta corriente no muy elevada. No me pusieron trabas y saqué un par de miles, pero casi en seguida me notificaron que ya no podía disponer del resto de los fondos. —Helen se puso encarnada—. Estoy en las últimas —confesó.

Dibson metió la mano en su bolsillo y sacó un pequeño rollo de billetes, parte de los cuales dejó sobre la mesita.

—Me lo imaginé cuando decidí visitarte —sonrió.

—Llegas a tiempo. Iban a echarme del apartamento por falta de pago.

—Guarda ese dinero para tus gastos menudos, Helen; yo me ocuparé de la renta de este piso. Te dejaré mi dirección y mi teléfono, para que me llames, si recuerdas algún dato más. Y no te preocupes... ¡Volverás a ser tú!

Helen sonrió.

—Si lo consigues... podrás pedirme lo que quieras, Red.

—Me conformo con los honorarios que ya he mencionado, Helen —se despidió Dibson.

* * *

Gregory Humble se aclaró la voz y sonrió afablemente a su visitante.

—Así que quiere escribir una serie de reportajes sobre el caso tan apasionante que he tenido en estos últimos tiempos —dijo.

—En efecto, abogado —contestó Dibson—. El caso de la mujer duplicada me apasiona, me fascina... Imagínese, dos jóvenes

igualmente hermosas, tan bellas como sendas gotas de rocío matutino... Y sólo una de ellas es la auténtica Helen Dobbs-Ryan...

—Mi defendida, señor Dibson —afirmó el abogado enfáticamente—. La conozco desde que andaba a gatas. Pero ese detalle, como puede comprender, no es suficiente ante un tribunal.

—Claro, su firma y sus huellas dactilares...

—Que todos los expertos han reconocido como pertenecientes a mi cliente. Por no hablar de sus recuerdos infantiles, que la otra aprendió muy bien, ignoro cómo, aunque, desde luego, insuficientemente. Esa impostora posee un temperamento muy audaz, pero no le ha servido de nada.

—Me parece muy bien —sonrió Dibson—. No se puede permitir que una desaprensiva usurpe algo que no le pertenece en absoluto. Y, dígame, ¿es cierto que la doctora Dobbs Ryan piensa escribir un libro sobre su viaje al Brasil?

—Rigurosamente cierto. Pasó allí dieciocho meses, en las más difíciles condiciones, viviendo como una nativa más, lo cual le sirvió para realizar profundos estudios antropológicos sobre aquella tribu de salvajes. ¿Sabe que la consideraban como una diosa protectora?

—¡No me diga! —Dibson fingió asombro y soltó una risita—. Claro que, si se mira bien, es una diosa... por su belleza.

—Ellos la consideraban más en sentido religioso —dijo el abogado—. Y gracias a ésa, digamos virtud, pudo sobrevivir. Los miembros de esa tribu matan indefectiblemente a todo extraño que se aventura por su territorio.

—Caramba, son fieros... ¿Cómo fue ella a parar a semejante lugar?

—Bueno, ya tenía noticias de la existencia de esa tribu y contrató un guía. A fin de evitar problemas, decidió partir sola con el guía..., pero éste tuvo la desgracia de caer al río y ser devorado por los cocodrilos que abundan en aquellos parajes. Por eso volvió sola año y medio más tarde.

—Entiendo. Dígame, señor Humble, ¿cuándo piensa publicar su libro la doctora?

—No puedo fijarle una fecha. Sé que en estos momentos, trabaja en la redacción de ese libro, pero también sé que desea hacerlo lo mejor posible y que, por tanto, tardará aún varios meses en tener

listo el original.

—¿Lo escribe ella personalmente? Oh, quiero decir si tiene algún secretario que escribe mientras ella le dicta...

—Creo que tiene un secretario, en efecto, aunque eso ya no es de mi incumbencia. Yo me preocupo solamente de la administración de sus bienes —sonrió el abogado.

—Claro, claro —murmuró Dibson, simuló tomar algunas notas en su agenda y volvió a sonreír—. La doctora, supongo, debe de tener una excelente memoria.

—Fotográfica, diría yo. Recuerda con absoluta fidelidad los detalles más nimios.

—Es un notable científico, rica, joven, hermosa... —Dibson suspiró—. ¿Se puede pedir algo más en este mundo, abogado?

Humble se echó a reír.

—Yo diría que no —contestó—. ¿Puedo serle útil en algo más?

Dibson se puso en pie.

—Suficiente, muchas gracias —se despidió.

Salió a la calle, profundamente pensativo. Humble había sido de siempre el abogado de Helen. Sin embargo, tenía la sensación de que ahora la había traicionado.

¿Por qué?

La respuesta estaba en una cifra.

—Trescientos cincuenta mil dólares —murmuró, mientras abría la portezuela de su coche.

Aquella noche, mientras tomaba una copa en su apartamento, cómodamente instalado en un mullido sofá, concibió una idea. Apenas había acabado de iniciar su estudio, sonó el teléfono.

Era Ray el Zurdo.

—Tengo una información interesante —dijo.

—Habla, Ray —pidió Dibson.

—Toda la servidumbre de Belevue Hill fue despedida a los pocos días de la partida de Helen hacia el Brasil. Los que están ahora son nuevos, contratados apenas una semana antes de su regreso.

—Es interesante —calificó el joven—. Los nuevos, claro, no pueden declarar contra la impostora.

—¿Crees que la que está en Belevue Hill es la impostora, Red?

—Seguro, Ray, tan seguro como que estoy hablando contigo. Trata de encontrar a alguno de los miembros de la antigua

servidumbre. Con uno de ellos tendré más que suficiente.

—Está bien, Red; haré lo que pueda.

Dibson colgó el teléfono y encendió un cigarrillo. ¿De dónde habían sacado a la impostora?, se preguntó.

Y, más importante todavía, ¿dónde había pasado Helen aquellos dieciocho meses, que eran un período de su vida completamente en blanco?

—Se duerme en Belevue Hill y despierta en el apartamento de la Calle Octava —murmuró—. Y entre ese cerrar y abrir de ojos, pasa un año y medio... ¿Dónde? ¿Cómo?

Eran preguntas que, por el momento, no tenían respuesta.

* * *

Al día siguiente, Dibson se encontró casualmente con un antiguo conocido.

—Celebro verte, Randy —dijo el joven—. ¿Qué ha sido de tu vida todo este tiempo?

Randall McCormick hizo un gesto con la mano.

—Trabajando, como de costumbre —respondió—. ¿Quieres tomar un trago?

—No, gracias, es demasiado temprano para mí —sonrió Dibson—. Pero te aceptaré una taza de café, Randy.

—De acuerdo. —McCormick hizo un gesto—. Mozo, un doble de lo bueno y una taza de café.

—Al momento, señor —contestó el *barman*.

McCormick sacó un costoso habano, le quitó la envoltura de celofán y la faja, que arrojó displicentemente al suelo, se lo puso en la boca y sacó un lujoso encendedor de oro.

—Vaya, parece que tu labor literaria da sus frutos —comentó Dibson.

McCormick le guiñó un ojo.

—No puedo quejarme —contestó.

—Ese encendedor vale una pequeña fortuna, Randy.

—Puedo permitirme el lujo. Además, me he comprado un coche nuevo...

—¡Caramba, no sabía que tu último libro hubiese tenido tanto éxito! —se asombró Dibson—. Me extraña; debería haberlo visto

anunciado...

—Oh, todavía no lo he publicado. Ni siquiera lo he terminado.

—Entonces, no lo comprendo —dijo Dibson, desconcertado.

McCormick le guiñó un ojo.

—Me dieron un anticipo de quince mil dólares —declaró.

—Debe de ser un argumento muy bueno cuando el editor se arriesga a anticiparte una suma tan elevada —exclamó el joven.

—Bueno, en realidad no se trata de un editor profesional... — McCormick bajó la voz—. Red, ¿has oído hablar alguna vez de los «negros» en la literatura?

Dibson enarcó las cejas.

—¿Te refieres a esos escritores que escriben un libro para que otros lo firmen?

—Sí, exactamente. Abundan más de lo que parece...

—Y tú te has convertido ahora en un «negro».

—Exactamente. Me han dado quince mil dólares, pero estimo que es poco y pienso pedirles más. Lo conseguiré, créeme. Sin embargo, no puedo anticiparte el tema del libro. Ni tampoco el nombre de la persona que lo firmará como si lo hubiese escrito.

—No te pediré esos datos rió Dibson. —Me basta con conocer tu buena suerte. Y te felicito, por supuesto.

—Gracias, Red. —McCormick tomó un largo trago del *whisky* que acababan de servirle—. ¿De veras no quieres beber nada?

—No, gracias. Felicidades otra vez, Randy. Y ahora, perdóname, pero tengo que marcharme.

—Celebro el encuentro, Red.

Randall McCormick quedó en la cafetería y aún tomó otro segundo *whisky*. Luego, con la mente llena de rosadas perspectivas, abandonó el local y se encaminó hacia su casa, a la que llegó media hora más tarde.

Abrió la puerta y respingó al ver al desconocido que estaba en el interior del apartamento. Era un hombre de buena estatura, con bigote y gafas de color.

—Eh, ¿qué hace usted en mi casa? —exclamó McCormick—. Salga inmediatamente o llamaré a la policía.

—No se preocupe —contestó el desconocido—. Alguien la llamará antes de que se acabe el día.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

—Hicimos un trato sobre cierto trabajo y determinada suma de dinero. Usted lo ha quebrantado al pedir mucho más de lo acordado. No puedo correr riesgos. Ya encontraré otro «negro».

El desconocido sacó un revólver. Tenía silenciador y el primer disparo no hizo ruido.

McCormick se tambaleó, con los ojos desorbitados por el horror. Quiso gritar, pero la voz no atravesó sus labios.

El segundo proyectil le atravesó la frente.

CAPÍTULO IV

Con los ojos entornados, Dibson contempló la lujosa mansión, situada en la cumbre de la colina, y desde la que se divisaba un panorama excepcional. Aquello era Belevue Hill, la residencia de Helen, ahora ocupada por una impostora. ¿Cómo podría demostrar la falsedad, para que la auténtica Helen pudiera recobrar lo que legítimamente le pertenecía?

A través del humo del cigarrillo que pendía de sus labios, estudió la casa durante unos minutos. No había duda alguna: se trataba de un plan minuciosamente estudiado, hasta en los últimos detalles, y realizado prácticamente sin plazos. Se habían tomado todo el tiempo necesario para conseguir el triunfo y de una forma tal que convertía la derrota en algo imposible.

Pero aquel plan, como todos, se dijo, debía de tener un punto débil. Lo importante era encontrarlo. Y no resultaría fácil.

Era como intentar el asalto a una posición poderosamente fortificada y, en apariencia, sin puntos flacos. Pero alguno debía de haber en alguna parte. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuál era el lugar desguarnecido de la fortaleza?

De pronto, vio avanzar a un hombre a lo largo del sendero central que atravesaba el extenso jardín que rodeaba la mansión. El individuo, correctamente vestido, de una forma peculiar, hizo una ligera inclinación de cabeza y dijo:

—Señor Dibson, soy Pendragon, mayordomo de la señorita Dobbs-Ryan. La señorita le ha visto desde las ventanas de su gabinete de trabajo y me ha encargado le invite en su nombre a entrar en la casa y tomar una taza de té con ella. ¿Quiere pasar, señor?

Dibson abrió la boca, estupefacto. Si la que estaba en Belevue

Hill era la impostora, ¿cómo podía haberle reconocido, puesto que jamás se habían visto?

Trató de reaccionar.

—Será un placer —accedió, sonriente.

El mayordomo abrió la verja. Dibson avanzó hacia la mansión. Al entrar en el edificio, Helen se dirigió a él, con las dos manos tendidas, espectacularmente hermosa, con una viva sonrisa de simpatía en sus jugosos labios.

—Red, querido —exclamó, tomándole las manos—. Cuánto me alegro de verte... Sin duda, querías entrar a saludarme, pero no te atrevías, ¿no es así?

—Pues... tal vez... —contestó Dibson, que no salía de su asombro.

¿Era la impostora o la auténtica? ¿Con cuál de las dos había estado el día anterior?

Helen se volvió hacia el mayordomo.

—Pendragon, sírvanos el té en la salita íntima, por favor —rogó.

El mayordomo se inclinó.

—Al momento, señorita.

Helen se colgó del brazo de Dibson.

—Vamos, Red, recupera el habla. Es cierto que hace casi dos años que no nos vemos, pero ése no debe ser motivo para que permanezcas silencioso. ¿O no te alegras de verme?

—Oh, sí, por supuesto... Es que... La verdad, lo nuestro duró Can poco... Fue tan breve...

—Cierto, pero también muy intenso. E inolvidable —dijo ella, mirándole fijamente, sin dejar de caminar.

—En eso tienes razón. Es algo que no se puede olvidar.

Llegaron a la salita. Helen tomó asiento en un confortable butacón. Dibson lo hizo en un sofá Luis XV.

—Bien, ¿qué me cuentas? —dijo ella—. ¿Te has casado? ¿Sigues soltero?

—Y sin compromiso —sonrió Dibson—. Todavía no me he decidido a dar el paso definitivo que me ligue a una mujer para siempre. Tú también sigues soltera, creo.

—Sí —suspiró la joven—. No sé si me casaré algún día... Quedé muy desengañada con mi fracaso sentimental... No te lo dije entonces, ¿verdad?

—No, aunque, desde luego, lo supuse. Se te notaba bastante. Ponías demasiado ardor en tus alusiones. Era fácil ver que, en cierto modo, tratabas de vengarte del que te había desengañado.

—Eres un buen psicólogo —sonrió Helen—. Sí, fue como una especie de venganza por la canallada que me hizo George Blake. Pero te diré una cosa, Red.

—Como quieras, Helen.

—Los primeros días, en efecto, actuaba por despecho. Luego empecé a pensar que George no se merecía siquiera la consideración de un recuerdo... y empecé a tomarte aprecio. Sentí mucho que aquello terminase tan pronto.

—Fuiste tú quien lo dio por terminado, Helen.

—Es verdad. Necesitaba recapacitar, era preciso que me encerrase una temporada en mí misma, para tomar una decisión acerca de mi futuro. Además, tenía pendiente la expedición al Brasil...

Pendragon entró en aquel momento con una bandeja en las manos. Helen se levantó, vivaz y graciosamente.

—Deje, yo serviré.

—Sí, señorita.

Helen se inclinó para llenar las tazas. El vestido era muy escotado y Dibson pudo ver las perfectas curvas de los senos, firmes, turgentes, a los que dos años antes había prodigado tantas caricias. ¿Volverían a repetirse aquellos ardientes momentos de pasión?, se preguntó.

Durante unos minutos, charlaron de temas intrascendentes. Luego, de pronto, ella dijo:

—Red, el próximo fin de semana estaré en Silver Beach —le miró maliciosamente—. ¿Por qué no vienes a verme allí?

—¿De veras quieres que vaya? —preguntó él.

—No puedo obligarte, pero... —Helen dejó la frase sin concluir deliberadamente y Dibson lo entendió en el acto.

—Haré todo lo posible por ir —contestó.

—En tal caso, podremos hablar más tiempo, sin prisas, sin límites... Ahora me gustaría tenerte más rato a mi lado, pero, desgraciadamente, tengo trabajo. El libro sobre mi expedición al Brasil, ¿sabes?

—Ah, es verdad. No lo pasaste muy bien allí, creo.

—Todo depende de los puntos de vista, Red.

—Sí, desde luego.

Dibson se puso en pie y ella se le acercó.

—Querido, no sabes cuánto celebro verte de nuevo —dijo, a la vez que le ofrecía sus labios.

Dibson salió a la calle en un estado próximo a la paranoia. ¿Cuál de las dos Helen le había besado? ¿Había tenido en sus brazos a la auténtica impostora?

De pronto se sintió desazonado. Si se trataba de una impostora, era preciso reconocer que era el mejor trabajo realizado jamás en un asunto semejante.

Una perfecta falsificación, un muro maravillosamente construido, sin fisuras ni puntos débiles.

—Es como cambiar un billete de un dólar por otro del mismo valor —se dijo, después de hacer arrancar su coche, estacionado en las inmediaciones de Belevue Hill.

Claro que los dos billetes tendrían numeración diferente, pero ¿quién iba a fijarse en un detalle tan insignificante?

* * *

Sylvia *la Gorda* vino de la cocina con una gran bandeja en las manos. Había latas de cerveza y una cafetera llena. Dibson y Ray Willows *el Zurdo*, se sirvieron café. Los demás, incluida Sylvia, prefirieron la cerveza.

—Hasta ahora, no he conseguido nada —dijo Hal Roafes *el Dandy*.

—Sigue —indicó Dibson escuetamente.

—Creo que estás equivocado —manifestó Chummy Gagan *el Bizco*—. Ella es quien es...

Los demás hicieron declaraciones parecidas. Sylvia añadió:

—He sondeado a Humble. Es una pared completamente lisa. No hay nada que hacer, Red.

Dibson hizo una mueca.

—Se trata solamente de una falsificación, absolutamente perfecta —dijo—. Sin embargo, en algún lugar tiene que existir un resquicio, un punto débil, y tenemos que encontrarlo, ¿entendido?

Roafes simuló atusarse un bigote inexistente.

—Mira, Red, no es por nada, pero yo tengo buena mano con las mujeres, y estoy a punto de conquistar a Zena Rothman, una de las amigas más íntimas de Helen, la he sondeado al respecto y, para ella, no hay error posible. La demandante es una impostora, ¿comprendes?

Dibson se echó para atrás en su silla.

—Yo opino lo contrario, y tengo buenas razones para afirmarlo —respondió sin perder la calma—. Pensemos un poco —continuó—. El, o los autores, del plan, necesitaban una mujer a la cual moldear a su capricho. Naturalmente, esa mujer, una vez convertida en Helen Dobbs-Ryan, tiene que estar enterada de lo que sucede y, como es lógico, debe permitir que los falsificadores entren a saco en su fortuna. Ella también obtendrá una buena tajada, naturalmente, pero la pregunta que sigue a continuación es: ¿De dónde la sacaron?

Silvia levantó una mano.

—Admitamos tu hipótesis —dijo—. La Helen de Belevue Hill es la impostora. Para conseguirlo, tuvieron que buscar a una joven de la misma edad, un año más, un año menos no tiene importancia, que la auténtica; con la misma figura y un rostro algo parecido, que luego pudiera «retocarse» con ayuda de la cirugía estética, y ello sin contar con los largos meses de preparación mental que fueron necesarios, a fin de que pudiera aprenderse de memoria los menores detalles de la vida de Helen. Tú mismo has dicho que recuerda perfectamente haber estado contigo una semana, en su casa de Silver Beach. Te ha reconocido de lejos y te mandó llamar por el mayordomo. Si es la impostora, debes reconocer que sabe desenvolverse magistralmente. Ahora bien, ¿de dónde salió esa falsificadora?

—Sylvia, en alguna parte, falta una joven, cuyo nombre desconecemos —respondió Dibson—. Tiene que ser una mujer con, relativamente, pocas amistades y menos familiares próximos. Alguien con muy escasas relaciones, tanto de parentesco como de amistad. Si tú quisieras encontrar una chica de esas cualidades, aparte de la figura física, ¿dónde irías a buscarla?

Andy Mutt *el Cojo* levantó una mano, a la vez que hacía chasquear sus dedos.

—Yo sé dónde podría buscarla —exclamó.

Y citó media docena de locales que, con distintos nombres y bajo

variadas apariencias, no eran sino prostíbulos de lujo.

—Sí, tienes razón —convino Dibson—. En uno de esos sitios se podría encontrar fácilmente a la persona que debía ocupar el puesto de Helen. Allí no faltan nunca jóvenes altas, esbeltas...

—E inteligentes y cultivadas muchas de ellas —añadió el Zurdo.

—Conozco, por lo menos, a tres propietarios de los locales que ha mencionado Andy —declaró Sylvia—. Investigaré en esa dirección, Red.

—De acuerdo, encanto. El *Dandy* y tú continuaréis explorando a Zena Rothman.

—Con mucho gusto —rió el aludido.

—Y tú, Ray, sondearás de nuevo a Humble. Consúltale para un asunto difícil, cualquiera, el que se te ocurra.

—Yo iré a investigar en los otros tres sitios a los que no irá Sylvia —se ofreció Mutt.

—Puedo ayudarte —sugirió el Bizco.

—De acuerdo, Chummy.

—A propósito, Red —dijo Sylvia—. Tú eras amigo de Randy McCormick, el escritor.

—Sí. ¿Por qué lo dices? —se sorprendió Dibson.

Sylvia fue a una consola y regresó con un diario en las manos.

—Lo han asesinado este mediodía —anunció.

Dibson se sintió abrumado al conocer la noticia.

—Oh, no —murmuró—. Esta misma mañana hablé con él... Nos encontramos en el Four Aces y charlamos durante un buen rato... ¿Qué ha pasado, Sylvia?

—La policía no sabe nada todavía. Su casa estaba en orden y no faltaba nada, lo que parece descartar la hipótesis de un robo.

Dibson leyó rápidamente la información del suceso. Le parecía mentira que el hombre con quien había estado hablando aquel mismo día, fuese ya sólo un montón de carne fría e inanimada.

—Precisamente me había dicho que sus asuntos económicos marchaban mejor que nunca... —De pronto, dio un ligero respingo—. Eh, aquí hay algo interesante —exclamó.

—¿Qué sucede, Red? —preguntó Roafes.

—Una vecina declara que vio salir a un hombre de la casa de Roafes, un sujeto vestido con cazadora, pantalones vaqueros, zapatillas deportivas, gafas de color y un gran mostacho.

—Una indumentaria más bien vulgar —calificó Mutt.

—Sí, pero es exactamente igual a la del atracador que el otro día mató a un empleado del State Bank.

Dibson meditó unos segundos, después de pronunciadas las frases anteriores. Todos le contemplaban expectantemente, aguardando a que volviese a hablar.

—Ray, lo primero que harás, en lugar de lo que habíamos acordado —dijo Dibson al cabo—, es investigar la vida y milagros del empleado de banca en el atraco.

—¿Por qué? —se extrañó el Zurdo.

—Sospecho que pudo ser él quien cambió las fichas con las firmas registradas en el Banco. Apenas «despertó», Helen pudo sacar algo de dinero, pero no tardaron en comunicarle que su cuenta del State Bank quedaba bloqueada. ¿Empezáis a comprenderlo?

—Sí, pero ¿qué tiene que ver esa muerte con la de tu amigo el escritor? —inquirió Willows.

Dibson no pudo contestar. Alguien llamó a la puerta en aquel preciso instante.

—Yo abriré —dijo Sylvia.

La mujer cruzó la sala y abrió. Otra mujer apareció en el umbral.

—¡Cielos, es Helen Dobbs-Ryan! —exclamó Mutt.

—Sí, pero ¿cuál de las dos? —preguntó Gargan.

CAPÍTULO V

Dibson se levantó instantáneamente y fue al encuentro de la recién llegada.

—Celebro verte, Helen —sonrió, a la vez que la cogía por un brazo—. Entra, te presentaré a mis amigos.

Helen se sentía asombrada al encontrarse al joven en compañía de una mujer y cuatro hombres, cada uno con un aspecto completamente distinto. Dibson se percató de sus sentimientos y volvió a sonreír.

—Son mis colaboradores —dijo, al iniciar las presentaciones—. Sylvia, ¿quieres ponerle un poco de café? —agregó a continuación.

—Sí, claro. ¿O prefieres algo más fuerte, nena?

—Café, gracias —respondió Helen—. Dispénsame, Red, no sabía que estuviéseris ocupado... Simplemente, no tenía noticias tuyas y me desagradaba usar el teléfono. Por eso vine personalmente...

Dibson entornó los ojos.

—Helen, dime, ¿dónde estabas hoy, a las cuatro de la tarde? —preguntó.

—En mi casa, claro —contestó ella, vivamente sorprendida—. No he salido en todo el día... ¿Por qué lo dices?

—A las cuatro de la tarde, yo estaba hablando con tu doble —respondió Dibson—. Y, créeme, lo sabe todo. Es la mejor falsificación de personalidad que he visto en los días de mi vida.

—¿Cómo? ¿Has hablado con la impostora?

—Es más. Yo estaba en la calle y ella me vio desde la casa y me envió el mayordomo para invitarme a entrar en Belevue Hill.

—Eso quiere decir que te ha reconocido.

—Si, Helen.

La joven se sentó, desmadejada. Con gran simpatía, Sylvia le

puso en las manos una taza de café.

—Anímate, chica —dijo amistosamente.

—No entiendo cómo la impostora ha podido reconocerte —dijo Helen, después de tomar unos sorbos de café—. ¿La habías visto antes, Red?

—Nunca, pero está muy bien instruida... y yo me siento completamente confundido. ¿Eres tú la auténtica? ¿Lo es ella?

—Red, ¿cómo ha sabido reconocerte?

—Lo ignoro. ¿No tienes tú alguna sugerencia sobre el particular?

—Nunca mencioné lo que hubo entre nosotros aquella semana que pasamos juntos en Silver Beach —declaró la joven.

—Eso no tiene importancia. Pudieron obtener la información por hipnosis. Pero, aun así, no se puede reconocer a una persona, si no se la ha visto antes...

—Red, nos hicimos fotografías en la playa. Yo las conservaba todavía en mi escritorio. Anoté tu nombre al dorso de una de las fotografías. Ella las habrá encontrado al registrar mi gabinete de trabajo, seguramente.

—Es posible —convino Dibson—. Pero ¿cómo podía conocer tantos detalles de lo que pasó entre nosotros aquella semana? Incluso sabe que George Blake rompió el compromiso matrimonial que había entre vosotros dos.

Helen oyó aquellas palabras y se puso rígida.

—Red —dijo con voz tensa—, durante aquella semana, en ningún momento mencioné yo mi fracaso sentimental. Y mucho menos mencioné el nombre de George Blake, el hombre con quien me iba a casar.

—¡Rayos! —juró Silvia—. Si eso es cierto, la dama que hay ahora en Belevue Hill es la impostora.

—Lo es —insistió Helen.

Dibson se pellizcó el labio inferior.

—Es un detalle revelador —dijo—. Ciertamente, la primera vez que hablamos de tu fracaso sentimental fue cuando yo te visité en tu casa. Y entonces, ni siquiera pronunciaste el nombre de Blake. Pero la otra Helen, sin embargo, lo sabe.

—Y se ha pasado de rosca al querer desempeñar su papel —intervino el *Dandy*.

Sylvia se puso las manos en las caderas.

—Bueno, al menos, ahora sabemos que esta pobre chica es la auténtica Helen Dobbs-Ryan —dijo—. Lo difícil es demostrarlo.

—Quizá ya no cueste tanto —apuntó Dibson—. Tenemos dos pistas... con sangre. El empleado del Banco y mi amigo el escritor. En el primer caso, no hubo atraco, sino, simplemente, un asesinato planeado deliberadamente, lo mismo que en el segundo.

—¿Por qué? —se extrañó Helen.

—Por la sencilla razón de que el empleado del Banco manipuló las fichas con las firmas. En cuanto a McCormick... le habían encomendado la redacción de un libro, que otro debía firmar. A veces, escribía como «negro». ¿Sabes lo que eso significa, Helen?

—Sí, pero ¿qué libro debía escribir tu amigo?

—El relato de un viaje al Brasil.

Hubo un momento de silencio. Fue Sylvia la primera en hablar:

—Las cosas, aunque parezca extraño, empiezan a aclararse. Parte de los tipos que formaron el club empezaron a flaquear y los han eliminado.

—No flaquearon —corrigió Dibson—. Sencillamente, se han dado cuenta de que había mucho dinero en el asunto y estimaron que habían recibido muy poco. Seguramente, pidieron más y amenazaron con revelarlo todo si no atendían sus peticiones. La prueba de ello es que McCormick me dijo que iba a solicitar una suma mayor por escribir el libro, aunque no especificó una cifra concreta.

—Y entonces, el autor del plan no quiso correr riesgos y... ¡zas!, cortó dos pescuezos —dijo el Bizco a la vez que hacía un signo gráfico con su índice sobre el cuello.

Helen se estremeció.

—Están decididos a todo —dijo.

—Han pasado dos años planeando el asunto y ahora que lo tienen resuelto, no van a permitir que se les eche a perder —contestó Dibson.

* * *

Dos días más tarde, Dibson recibió una información y decidió que merecía la pena desplazarse a ciento cincuenta kilómetros de la ciudad.

Aquel mismo día, llegó a la puerta de una pequeña casita, en cuyo jardín trabajaba un hombre de edad y aspecto agradable. Estaba cuidando de unos rosales y miró con interés a su visitante.

—Usted es Bernard Hoover —dijo Dibson.

—En efecto, así me llamo —contestó el anciano—. ¿Quién es usted?

—Charlie Dibson, investigador privado. Señor Hoover, deseo hacerle unas preguntas acerca de su anterior empleo como mayordomo de Belevue Hill.

—Ah, conque era eso —murmuró Hoover—. Bien, señor Dibson, ¿qué es lo que desea saber?

—Usted era el mayordomo de la señorita Helen. Ella se fue al Brasil.

—En efecto.

—Y, al poco tiempo, alguien le dejó cesante.

—Sí, aunque me dio una buena indemnización, lo mismo que al resto de la servidumbre.

—¿Quién le despidió, señor Hoover?

—Hombre, ¿quién podía ser sino el abogado de la señorita? —contestó el anciano.

—¿Humble?

—El mismo.

—Por lo visto, tenía plenos poderes para actuar así.

—Era el administrador de sus bienes, señor.

—¿Le extrañó ser despedido?

—Bastante, sí, señor, pero ¿qué podía hacer yo?

—Señor Hoover, cuando le despidió, ¿qué pretexto empleó Humble para justificar su acción?

—Ninguno. Bueno, a decir verdad, alegó que la señorita iba a estar fuera año y medio y que quería suprimir gastos...

—Ah, fijó el plazo de la ausencia de Helen.

—Sí, señor, aunque no dio una fecha absolutamente exacta. Pero lo recuerdo muy bien: mencionó la cifra de dieciocho meses.

Dibson sonrió.

—Usted estaba presente cuando ella se marchó de viaje, ¿no es cierto?

—Bueno, las cosas no sucedieron como usted piensa. Por supuesto, yo sabía que la señorita iba a estar ausente algún tiempo,

aunque jamás mencionó un plazo, ni siquiera aproximado. Pero lo cierto es que no la vi marcharse.

—¿No le preparó el equipaje?

—¡Por Dios! Yo era el mayordomo. De su equipaje se encargaba Martha Harrison, su doncella.

—¿Sabe usted dónde vive, señor Hoover? Preguntó el joven, a la vez que sacaba la libreta de notas.

—Sí, se lo diré con mucho gusto.

Dibson anotó la dirección de la doncella. Cuando ya se disponía a marcharse, recordó algo y se volvió hacia el ex mayordomo.

—Señor Hoover, ¿está enterado del asunto?

—En efecto, señor.

—En su opinión, ¿cuál de las dos es la impostora?

Hoover miró fijamente al joven.

—La que vive ahora en Belevue Hill —contestó tajantemente.

—¿Qué le hace pensar de esa manera?

—Vi nacer a la señorita. He servido en su casa hasta que me despidió el abogado. Ahora va a cumplir los veinticinco años. No se pasa un cuarto de siglo junto a una persona, sin conocerla profundamente.

Dibson sonrió, a la vez que movía la cabeza.

—Entiendo —contestó—. Y dice que, cuando ella se marchó al Brasil, no se despidió de usted...

—Yo me acosté, como todas las noches. Al levantarme, ella se había marchado ya.

—Lo cual, opino, no es la forma de comportarse de una mujer como Helen.

—No, señor. Claro que entonces no le di la importancia requerida, pero ahora, después del juicio...

Dibson puso una mano sobre el hombro del anciano.

—Demostraremos la falsedad del caso y usted volverá a Belevue Hill —afirmó.

Momentos después, volvía a su coche. Cuando abría la portezuela, vio a un hombre al otro lado de la calle.

Era un sujeto de aire vulgar, vestido con ropas corrientes y que usaba gafas de montura metálica. El hombre parecía muy entretenido en la lectura de un periódico.

Dibson no le hubiera concedido la menor importancia, a no ser

por un detalle revelador: el sujeto estaba leyendo la última página del periódico. Por tanto, él podía ver la primera plana. Y los titulares, muy escandalosos, correspondían a un suceso que se había producido dos días antes, lo cual significaba que el periódico era de la víspera.

El joven entró en el coche y arrancó, sonriendo para sí. Estaba siendo vigilado, lo cual le hizo saber, con más seguridad que nunca, que sus pesquisas iban por el buen camino.

Unos minutos más tarde, miró por el retrovisor. No le seguía ningún coche, cosa que le tranquilizó bastante. Pero ello no le garantizaba que no continuase la vigilancia sobre su persona.

* * *

—Empiezan a ponerse nerviosos —dijo, mientras aceptaba la taza de café que le tendía Helen.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Ella.

—Me vigilan.

Helen se puso una mano en el pecho.

—¿Seguro?

—Había un tipo frente a la casa de tu antiguo mayordomo, Bernard Hoover. Estuve hablando con él. Vive en Fresno. Bernard cree en ti.

—Es un hombre excelente... Me habría gustado verle. ¿Por qué no me dijiste que pensabas visitarle?

—No se me ocurrió, lo siento —se disculpó Dibson—. Pero me ha dado detalles muy interesantes. Por ejemplo, tú te marchaste al Brasil sin despedirte de él.

Helen sonrió amargamente.

—Me dormí en Belevue Hill y desperté en este apartamento —contestó—. Ni siquiera sé cómo me sacaron de mi casa...

—Narcotizada, seguro. Además, se llevaron el equipaje que tenías preparado... Pero quizá hay quien pueda decirme algo interesante sobre el particular.

—¿Quién? —preguntó ella vivamente.

—Martha Harrison, tu doncella. Recuerda, despidieron a toda la servidumbre.

—Llevaban muchos años conmigo. Corrían peligro de que

alguno de ellos pudiera descubrir la impostura.

—Sí, es cierto —convino Dibson, dejó la taza a un lado y se acercó a la ventana, descorriendo las cortinas con precaución—. Mira, ahí está un espía.

Helen se acercó a la ventana. Al otro lado de la acera, un hombre parecía muy ocupado en la lectura de un periódico.

—¿Ése es un espía? —dijo, sorprendida.

—En efecto. Y no es el mismo que me vigilaba en Fresno. Seguramente, se puso en contacto con sus compinches para notificarles mis actividades y decidieron enviar un vigilante a las inmediaciones de tu casa. Tal vez haya otro frente a la mía...

Dibson, preocupado, se interrumpió un instante, para continuar casi en el acto:

—No me importa que me vigilen, pero me preocupa que sí te vigilen a ti —dijo—. Por otra parte, yo no puedo estar continuamente a tu lado para evitar que te suceda nada, así que vamos a hacer algo para dejarles con un palmo de narices.

—¿Crees que pueden intentar... algo contra mí? —preguntó la joven aprensivamente.

Dibson dejó caer las cortinillas y se volvió hacia ella.

—Si te hubieras estado quieta, no se habrían preocupado de ti. Pero, por suerte o por desgracia, a mí se me ocurrió que el fallo del juez estaba equivocado... y ése es un problema que les ha caído de repente y que tal vez quieran resolver de forma expeditiva —contestó, a la vez que se dirigía hacia el teléfono.

Levantó el aparato y marcó un número. Ray *el Zurdo*, contestó de inmediato. Dibson le dio instrucciones:

—Hay un tipo frente a la casa de Helen, la auténtica, claro. Ven cuanto antes y quítalo de en medio. Ella y yo tenemos que salir y no queremos que nos siga.

—Déjalo de mi cuenta —contestó Willows.

A continuación, Dibson llamó a la Gorda.

—Sylvia, prepara una habitación en tu apartamento —ordenó—. Están vigilando a Helen y no quiero que sepan dónde vive.

—De acuerdo. Tráela cuando quieras, Red.

Dibson dejó el teléfono y se volvió sonriendo hacia la muchacha.

—Todo está solucionado —anunció—. Anda, prepara la maleta; nos iremos en cuanto Ray haya quitado de en medio al espía.

Treinta minutos más tarde, aparecieron el Zurdo y otro hombre, éste vestido desastradamente y con barba de varios días. El segundo se acercó a uno de los coches y empezó a contemplarlo con demasiado interés.

El espía se alarmó. Ray se había apartado a un lado, como si todo aquello no fuese asunto suyo. Su amigo fue hacia la portezuela del coche y la abrió. Entonces, el espía corrió hacia él y le increpó violentamente. El amigo de Ray correspondió con un puñetazo en la nariz del espía, que cayó sentado al suelo. Pero se levantó en seguida y empezó a golpear a su atacante. El conflicto terminó cuando hizo su aparición un coche de patrulla de la policía, cuyos ocupantes se llevaron a los dos contendientes.

Ray elevó la mirada y juntó el índice y el pulgar en círculo. Dibson sonrió.

—El campo está despejado —exclamó—. ¡Vámonos, Helen!

CAPÍTULO VI

Con las manos en las caderas, Sylvia *la Gorda*, dio una vuelta completa en torno a Helen, sin hacer caso del rubor que encendía sus mejillas. Luego se volvió hacia el joven.

—Red, hay que transformar a esta chica —dijo—. Yo tengo otras amistades y no puedo cerrar la puerta de mi casa.

—De acuerdo, pero ¿te encargarás tú de ello?

—Déjalo de mi cuenta —rió Sylvia—. Ah, por cierto, creo que tengo una pista sobre la posible falta de una fulana en cierto lugar muy lujoso, pero nada honorable. Sin embargo, tengo que comprobarlo, ¿entiendes?

—Muy bien —contestó Dibson—. A propósito, Helen, ¿dónde podría adquirir conocimientos sobre antropología?

Helen se sorprendió de la pregunta.

—¿Por qué lo dices, Red?

—No seas curiosa.

—Si quieres, yo...

—No —contestó él firmemente—. Necesito los títulos de un par de libros, a fin de poder sostener una conversación sin caer en el ridículo.

—Está bien.

Helen escribió algo en una hoja de papel y se la entregó al joven. A continuación, Dibson anunció que iba a visitar a Martha Harrison.

—Iré contigo —dijo Helen.

—Sylvia tiene que cambiar tu aspecto...

Ella se puso las manos en los costados.

—Pero ¿es que voy a quedarme quieta aquí, encerrada como una esposa árabe, mientras tú te mueves por ahí, sin permitirme que te

ayude? Conozco bien a Martha y sé que mi colaboración te resultaría muy interesante...

Dibson se echó a reír.

—En todo caso, la verás otro día —repuso—. De momento, deja que yo me ocupe de explorar el terreno en ese sentido.

—Muy bien, si no hay otro remedio...

—No, no lo hay.

Hal *el Dandy* entró en aquel momento.

—Hola a todos —saludó desenvueltamente—. Caramba, ¿qué hace aquí esta beldad? —Se atusó las guías de un bigote inexistente—. Preciosa, ¿quieres cenar conmigo? —invitó.

—Sí —contestó Helen instantáneamente.

El *Dandy* le ofreció su brazo.

—Entonces, no se hable más...

Dibson intervino para separarlos.

—En otro momento, Hal —dijo—. ¿Qué sabes de Zena Rothman?

—Está convencida de que la auténtica Helen es la de Belevue Hill. Por ese lado, no hay nada que hacer con esa dama.

—¿Y por otro lado?

El *Dandy* puso los ojos en blanco.

—Está a punto de caer —respondió.

Helen se echó a reír.

—Cuidado, Hal; Zena es muy apasionada, pero también sumamente celosa —advirtió.

—Lo tendré en cuenta —respondió Roafes—. ¿Red, algo de nuevo? —inquirió.

—Sí. Empiezan a sentirse nerviosos y están siguiéndonos.

—Eso parece confirmar tus teorías, ¿no?

Dibson suspiró.

—Están más que confirmadas, pero, mientras no podamos probarlo rotundamente, de un modo absolutamente inequívoco, no conseguiremos nada. Ellos lo consiguieron mediante una sentencia judicial y nosotros hemos de hacer lo mismo, si queremos que Helen... vuelva a ser Helen Dobbs-Ryan.

Consultó su reloj.

—Y ya no quiero perder más tiempo —añadió—. Voy a hablar con Martha Harrison, cosa que estimo de gran importancia.

Dibson abandonó el apartamento de Sylvia y volvió a su coche. Sacó la agenda de su bolsillo, consultó de nuevo la dirección de la ex doncella de Helen y arrancó a los pocos segundos.

Dibson ignoraba que, en aquellos momentos, había un hombre con Martha Harrison.

El individuo estaba detrás de Martha y sujetaba con ambas manos un cordón de seda, que rodeaba el cuello de la mujer. Los pies de Martha se agitaban espasmódicamente. Había una espumilla blancuzca en los labios de la ex doncella.

Unos minutos después, los movimientos de la víctima cesaron por completo.

* * *

Todavía bajo la impresión que le había producido el hallazgo del cadáver, Dibson llamó a la puerta del apartamento de Sylvia. Después del suceso, había vuelto a su casa, pero no había podido pegar ojo en el resto de la noche.

La puerta se abrió. Una mujer, de abundante pelo negro, rostro color canela, labios pulposos y vestido sumamente ceñido, apareció ante sus ojos.

—Dispense —murmuró Dibson—. Me he confundido de puerta...

—No te has confundido, hombre. Soy Helen —exclamó ella.

Dibson respingó.

—Por todos los... ¡Estás desconocida!

—¿Verdad que sí? —rió ella—. Ahora, la impostora ya no tiene competencia, Red.

Dibson entró en la casa y dio una vuelta en torno a la joven. Sylvia apareció en aquel instante, con un cigarrillo colgado de los labios.

—¿Qué te parece mi tarea, Red?

—Fantástica —respondió el joven—. Ya ves, ni siquiera yo he sabido reconocerla.

—Ahora se llama Peggy Simmons y es mi huésped durante unos días, mientras encuentra trabajo —indicó Sylvia.

—Perfectamente, es una buena idea.

Dibson dejó a un lado el paquete con los libros que había comprado antes de ir al apartamento de la Gorda. Luego sacó

tabaco.

—Conocéis la noticia, supongo —dijo.

—Si —contestó Sylvia, acercándole la llama de su encendedor—. La hemos sabido por la radio, esta misma mañana.

—Pobre Martha —se lamentó Helen—. Era siempre tan amable, tan servicial y cariñosa...

—Quizá te engañaba —apuntó él.

—Tal vez sabía más de lo conveniente. O lo adivinó —dijo Sylvia.

—Sí, hay muchas probabilidades —convino Dibson—. Pero, en todo caso, eso demuestra que, cada vez, se sienten más nerviosos. Temen que se descubra el pastel y no encuentran otra salida que el asesinato.

—Por lo visto, confiaban en que Helen se resignaría a perder su fortuna después de la sentencia judicial.

—Mi personalidad me importa mucho más que el dinero —exclamó Helen con gran vehemencia.

—Lo recobrarás todo —prometió Dibson—. Y ahora, tendréis que dispensarme, pero he re retirarme a mi apartamento. Tengo que aprenderme de memoria el contenido de estos dos libros sobre antropología.

—Pero ¿por qué? —se extrañó Helen—. ¿Qué puede interesarte la antropología?

—Es bien sencillo. Quiero estar documentado para hacerle preguntas a tu doble.

—Oh... Comprendo, Red. Pero ella no sabrá nada... ¡Claro, así podríamos demostrar que es una impostora!

—No del todo, encanto —respondió Dibson—. Tú no sabes lo fácil que es simular una amnesia parcial... precisamente por las penalidades que tuviste que pasar cuando eras la diosa blanca de los salvajes brasileños. Tenemos que probar que la actual Helen Dobbs-Ryan es... Mary Smith, por ejemplo. Entonces sí se demostrará la falsedad y podrá revocarse la sentencia del juez.

—Y los culpables serán encerrados —dijo Sylvia.

—Así lo espero —deseó el joven.

Bella como una diosa pagana, Helen corría por la playa, con los brazos extendidos, los pies en el límite justo del mar y la arena, disfrutando de la suave brisa y del sol que brillaba cegadoramente en un cielo sin una sola nube. Se alejó un centenar de metros y regresó corriendo al lugar en que se encontraba Dibson, sentado sobre una toalla y protegido por una sombrilla de vivos colores.

Dibson tenía al lado una nevera portátil. Sacó una botella, la destapó y se la entregó a Helen, que acababa de caer de rodillas a su lado.

—Estás muy acalorada —sonrió.

Los ojos de la joven chispeaban.

—Hace la misma temperatura que en Brasil, pero el ambiente es totalmente distinto —manifestó—. No hay mosquitos, ni humedad, ni arañas como la mano de grandes, ni saurios...

—Un lugar horrible, ¿verdad?

—Pero muy interesante para un antropólogo.

—No irás a decirme ahora que lo pasaste allí de maravilla.

—En el sentido científico, sí, por supuesto.

—Oh. Y... ¿en otros sentidos?

—Horriblemente. Pero ya sabes, es preciso sacrificarse por la ciencia, Red.

Dibson hizo una mueca.

—Eres joven, muy hermosa y dueña de una inmensa fortuna —dijo—. Yo no podría comportarme como tú, si me encontrase en tus condiciones.

—Me gusta —respondió ella—. No quiero ser una muñeca ociosa, dedicada solamente a disfrutar de las cosas buenas de la vida. Quiero ser útil a la humanidad y, para mí, la antropología es el medio que me permite alcanzar ese objetivo.

«Se ha aprendido bien la lección», pensó el joven.

—¿Cuándo vas a escribir tu libro sobre tus experiencias sobre el Brasil? —preguntó.

—Oh, en realidad, está escrito ya —respondió Helen sorprendentemente—. Sólo falta un repaso a fondo y pronto podré entregarlo al impresor.

—Has trabajado rápidamente —se sorprendió él.

—Tengo interés en publicar mis experiencias lo más pronto posible —adujo la joven.

—Comprendo. Pero, de todas formas, deberás tener muy presente los argumentos de Von Kirchner sobre las formas de vida de las actuales tribus salvajes, que viven en completo aislamiento...

—Von Kirchner es un teórico —dijo Helen desdeñosamente—. Todo lo que sabe ha sido aprendido de los libros, pero jamás ha tenido una sola experiencia auténtica. Sí, admito que algunas de sus teorías son interesantes, pero carecen en absoluto de verosimilitud y se derrumban como castillos de naipes al menor contacto con la práctica. Por cierto, ¿cómo sabes tantas cosas de Von Kirchner?

«¿Y cómo la sabes tú?», se dijo Dibson mentalmente.

—Oh... La antropología empezó a interesarme desde el día en que te conocí y he leído unos cuantos libros sobre ese tema —repuso Dibson con acento intrascendente.

Ella sonrió, mientras se soltaba los tirantes de la parte superior del traje de baño.

—La antropología incluye también estudios sobre la actividad sexual de las personas —dijo, orgullosa de la belleza de sus senos, que ya habían quedado al descubierto—. Algunos pueblos primitivos, en efecto, tienen costumbres muy especiales al respecto.

Dibson tragó saliva.

—¿Por... ejemplo...?

—Pero yo prefiero las muestras —añadió la joven, mientras se tendía sobre la otra toalla—. No soy una salvaje, aunque... —Alargó sus brazos hacia Dibson—. Aunque no me importa comportarme como si lo fuese —añadió incitantemente.

Dibson sonrió.

—Voy a dejar a un lado mi delgada costra de civilización y convertirme en un hombre primitivo —murmuró, inclinándose hacia ella.

—De la Edad de Piedra —suspiró Helen.

—De cualquier edad —dijo él ardientemente, a la vez que la estrechaba entre sus brazos.

CAPÍTULO VII

Chummy el Bizco, entró en la sala y sacó un papel de uno de sus bolsillos, que entregó inmediatamente a Dibson.

—Por fortuna, la máquina de escribir continuaba todavía en el apartamento —dijo.

Dibson contempló unos instantes el papel y luego lo guardó en un bolsillo.

—¿Para qué querías esa muestra de escritura? —preguntó Sylvia.

—La impostora declaró que tiene el libro prácticamente concluido —respondió el joven—. McCormick me dijo que aún no lo había terminado. Es posible que ese libro no haya sido completado y que incluso lo haga ella, aunque es algo que no tiene demasiada importancia. Pero en otro momento iré a Belevue Hill y trataré de encontrar el original y así compararé las dos muestras de escritura.

—Con lo cual, tendrás una prueba más a favor de Helen.

—Pero no será la definitiva —alegó la mencionada, todavía con el aspecto que Sylvia había sabido darle y que la cambiaba absolutamente.

—Helen, este asunto es muy difícil y ha sido realizado con enorme inteligencia —contestó Dibson con acento sentencioso—. Tenemos que reunir un cúmulo de pruebas que tú no pudiste presentar ante el tribunal, y cuando lo hayamos conseguido, es preciso que no exista la menor duda tanto acerca de tu personalidad como de la impostura ideada por esos sujetos.

—Hablas en plural, pero yo creo que todo es cosa de un solo hombre: mi propio abogado.

—Humble no ha podido actuar solo, aunque la idea haya sido

suya. Necesitaba cómplices: el empleado del Banco, McCormick, tal vez Martha Harrison y algunos otros más, sin contar el artista de la cirugía estética que modificó el rostro de tu doble. Alguno de ellos fallará... en realidad, hay por lo menos dos que han fallado y por eso están muertos. Pero mientras no consigamos encontrar a uno que se preste a declarar lo que pasó, no podremos hacer nada positivo. Las restantes pruebas, por supuesto, completarán la tarea.

—Esa chica debe de ser muy lista —terció el Bizco—. ¿Qué tal tus sondeos sobre antropología?

—Ha estudiado el tema a fondo —contestó el joven pensativamente—. No cabe duda de que previeron todas las eventualidades; a fin de cuentas, en año y medio hay tiempo para levantar el edificio, sin el menor fallo en su estructura.

—Pero tienen miedo —dijo el Zurdo.

—Sí, es evidente. Sylvia, ¿no has encontrado aún el rastro de la chica que falta en alguna parte?

—Todavía no. Sin embargo, es probable que esta noche o mañana pueda decirte algo sobre el particular.

—Está bien. Continúa investigando.

Roafes entró en aquel momento.

—Hola a todos —saludó alegremente—. Helen, con este aspecto, estás deslumbradora. Pero... ¿sólo te cambiaron el color de la cara y de las manos o puedes ponerte un traje de baño de dos piezas?

—¿Tú qué crees? —contestó la joven con la sonrisa en los labios. Se levantó la falda y enseñó la parte alta del muslo izquierdo—. ¿Qué te parece?

Roafes puso los ojos en blanco.

—Helen, aquellos salvajes brasileños, ¿son antropófagos? —preguntó.

—Sólo por necesidad.

—Entonces, yo me siento ahora un caníbal. Me comería esa pierna...

—*Dandy*, eso se lo puedes decir a Zena Rothman —intervino Dibson.

—Uno no come siempre del mismo cordero. Se acaba y es preciso buscar otro.

—Si Zena te oye hablar así, con lo celosa que es, puede pegarte un tiro —rió Helen.

—No se lo dirás, ¿verdad? —preguntó Roafes ansiosamente.

El Cojo hizo su aparición en aquel momento.

—Noticias, amigos —exclamó.

Dibson le miró interesadamente.

—¿Qué noticias, Andy?

—Martha Harrison estuvo hace pocos días en Belevue Hill. Parece que entró con mejor cara de la que tenía al salir.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Dibson.

—Pues sencillamente, llegó muy contenta y se marchó chasqueada. Sé que estuvo hablando con la ocupante de Belevue Hill...

—¿Quién te lo ha dicho? —terció Helen.

Mutt sonrió maliciosamente.

—He conseguido hacerme amigo de la nueva cocinera. Es una cuarentona rolliza, de buen ver y con ganas de combatir su soledad, ya que se quedó viuda hace tres años. A la cocinera se lo contó la nueva doncella, que vio algo extraño... No oyó nada, pero pudo ver claramente que Martha se marchaba muy irritada.

—Eso es que le pidió dinero a la impostora y ésta se lo negó.

—Sí, es lo que yo pienso —convino Gargan.

Sylvia puso un cigarrillo en su larga boquilla de marfil.

—Lo cual significa que Martha se había dado cuenta del asunto y llegó a la conclusión de que la ocupante de Belevue Hill es una impostora. Seguramente, trató de sacar tajada del asunto y no lo consiguió.

—Alguien compró un cordón de seda —murmuró Dibson.

—Era más barato que taparle la boca con un fajo de billetes —añadió Helen, estremeciéndose al recordar la horrible muerte sufrida por su antigua doncella.

—Esos tipos saben que un chantajista no deja nunca de extorsionar a sus víctimas —dijo Sylvia entre bocanada y bocanada de humo—. Y la mejor forma de acabar con sus peticiones es quitándolo de en medio.

—Si Martha hubiera venido a mí... —se lamentó la muchacha—. Yo le habría pedido que me ayudase y luego la habría recompensado...

—Ella no sabía dónde vivías en la actualidad —alegó Dibson.

—Pero el juicio duró varios días. Pudo haber venido a verme, a

la salida de una de las sesiones...

Sylvia puso una mano sobre el hombro de la joven.

—Helen, Martha era ya mayorcita para saber lo que podía perjudicarle o beneficiarle. Eligió algo que creía le iba a proporcionar un sustancioso beneficio, pero se equivocó. La culpa fue suya y de nadie más.

—Eso es cierto —concordó Dibson, a la vez que se ponía en pie—. Bueno, ahora tendré que buscar la ocasión propicia para visitar a Helen de nuevo, a la otra, me refiero, y tratar de encontrar el original del libro que le escribió el pobre Randy McCormick.

—¿Te vas? —preguntó Helen.

—Sí, claro.

—¿No puedo salir de casa?

Sylvia sonrió maliciosamente.

—Anda, llévatela a cenar —indicó—. De este modo, probarás la bondad de mi trabajo. Y no olvides que se llama Peggy Simmons.

—De acuerdo —cedió el joven.

—Espera unos minutos; iré a cambiarme de ropa —pidió Helen.

* * *

—Una vez me dijiste que recordabas algo sobre unos alfileres que te clavaban en la cabeza, una habitación de paredes blancas y una persona que te hacía preguntas —dijo Dibson, mientras cenaban—. ¿No has vuelto a recordar nada más sobre el asunto?

Helen hizo un gesto negativo.

—Lo siento —respondió—. Es una visión muy limitada, como una pesadilla olvidada casi por completo.

—¿Qué aspecto tenía la habitación?

—No sé... Blanca... No recuerdo detalles.

—¿Y la persona que te interrogaba? ¿Era hombre o mujer?

—Creo que era un hombre, pero no podría jurarlo, Red.

—Tampoco te acuerdas de lo que te preguntaba, claro.

—Lo correcto sería decir que él hablaba y yo contestaba... posiblemente decía sí o no, pero mi amnesia a este respecto es prácticamente absoluta —dijo la joven.

—Lo hicieron bien —murmuró Dibson—. Y, de pronto, vio algo que le hizo estremecerse.

Helen advirtió su gesto de sorpresa.

—Red, ¿qué sucede? —preguntó.

—Cuidado —avisó él—. No lo olvides; eres Peggy Simmons.

Helen se puso rígida. En el mismo instante, dos personas se acercaron a la mesa.

—Veo que está muy bien acompañado, señor Dibson —exclamó Humble, el abogado—. Quizá por eso no se ha dado cuenta de nuestra presencia.

El joven se puso en pie y no le costó mucho disimular la contrariedad que sentía.

—Celebro saludarles —dijo—. ¿Cómo estás, Helen?

—Bien, Red —contestó la impostora—. ¿Es... tu amiga?

—Mi ayudante personal y secretaria —respondió Dibson—. Peggy, te presento a Helen Dobbs-Ryan y al abogado Humble. Ella es Peggy Simmons.

—Encantado —sonrió Humble. Tomó la mano de la joven y la retuvo unos segundos—. Cuando el señor Dibson la despida, venga a mi despacho; siempre tendrá allí un puesto, señorita Simmons.

—Gracias por la oferta, abogado —contestó Helen—. Pero me encuentro muy a gusto en el despacho del señor Dibson.

—No lo dudo en absoluto —rió el abogado.

—Red, ¿vendrás a verme mañana? —preguntó la impostora.

—Espero despejar mi trabajo lo suficiente para poder visitarte —repuso el joven.

—Podemos cenar juntos... en mi casa —sugirió la falsa Helen, con un incitante aleteo de pestañas.

—Lo intentaré.

—Esfuézate, Red. ¿Vamos, señor Humble?

—Sí, claro... Adiós, señorita Simmons. Señor Dibson...

Humble y la impostora se marcharon. Helen puso los codos encima de la mesa y entrelazó los dedos de sus manos, a la vez que miraba fijamente a su acompañante.

—Red, ¿qué sucedió en Silver Beach? —preguntó irónicamente.

—Mujer, tienes unas cosas...

—Vamos, ya no soy una niña. Tengo un título que me confiere el grado de doctor. Puedo escuchar tus confidencias sin ponerme colorada. La otra Helen, ¿es muy ardiente?

—Bueno... No se puede negar que...

—¿Vale más que yo?

—La respuesta es muy difícil, dada la absoluta igualdad existente entre ambas. Sin embargo, hay un detalle que os diferencia.

—Se lo diremos al juez en su día —sonrió Helen.

—Lo dudo mucho, a no ser que quiera experimentarlo por sí mismo... en las dos.

—No entiendo, Red.

—La otra es mucho más... experta.

—Y tú tienes experiencia para saber si una mujer es experta o inexperta —dijo ella, picada.

—Mujer... no es tan fácil de adivinar...

Helen agarró su bolso y se puso en pie bruscamente.

—Será mejor que nos marchemos —exclamó con sequedad.

Dibson, resignado, hizo una seña al camarero. Cuando terminó de abonar la cuenta, Helen había salido ya, aunque la encontró en el coche, que había estacionado en la explanada contigua al local.

La joven permanecía sentada, muy rígida, con las manos en el regazo. Dibson suspiró y se dispuso a abrir la portezuela de su lado. En el mismo instante, oyó un sordo ruido junto a su mano derecha.

Bajó la vista y divisó el redondo agujerito que algo había abierto en la chapa de la carrocería.

CAPÍTULO VIII

Dibson adivinó inmediatamente lo que sucedía y se tiró al suelo. Helen observó sus movimientos y se sintió alarmada.

—¡Red! ¿Qué sucede? —preguntó.

—Túmbate en el suelo del coche —ordenó él.

Sonó otro leve chasquido, esta vez aún más bajo que el anterior. Dibson rodó varias veces sobre sí mismo. Luego se puso en pie de un salto y rodeó el vehículo a la carrera.

Un tercer proyectil abrió un agujerito estrellado en uno de los cristales del costado izquierdo del automóvil. Helen, asustada, lanzó un grito.

Con grandes precauciones, Dibson se incorporó un poco para mirar por encima del maletero del coche. Al otro lado de la avenida había un pequeño parque, en aquel momento en sombras. Había muchos sitios donde podía esconderse un tirador.

De súbito, divisó un fogonazo muy tenue. Inmediatamente, abrió los brazos y se dejó caer de espaldas al suelo.

Había percibido el viento de la bala junto a su oreja izquierda. El tirador, parecía, estaba dispuesto a seguir utilizando el arma hasta ponerle fuera de combate. «Lo mejor era complacerle», pensó.

Transcurrieron algunos segundos. De pronto, Dibson oyó a lo lejos el sonido del motor de un coche que arrancaba rápidamente. Entonces, se puso en pie.

—Helen —llamó.

La joven se incorporó. En la penumbra del estacionamiento, su rostro era una mancha blanquecina.

—Red, ¿qué ha pasado? —preguntó.

—Me tirotearon —respondió él.

Dio la vuelta al coche, ocupó su sitio e hizo girar la llave de

contacto.

—Pero... no he oído ningún disparo... —dijo ella, aturdida.

—Utilizaron silenciador.

Dibson hizo que el coche saliera del estacionamiento y tomó el camino de regreso a casa.

—¿Has podido verle? —preguntó ella.

—¡Qué cosas tienes! Estaba lo menos a ciento cincuenta pasos, en el parque.

—Pero una pistola no llega tan lejos...

—Utilizó un fusil de caza. A los fusiles de caza también se les puede poner silenciador.

—Me siento... abrumada —confesó la joven—. Red, ¿por qué han querido matarte?

—Encanto, éste es un negocio de trescientos cincuenta millones de dólares y se han dado cuenta de que trato de estropearlo. Naturalmente, procuran contrarrestar mis esfuerzos. Como no pueden conseguirlo por la vía de la legalidad, emplean otros métodos, así de sencillo.

—Nunca pude imaginarme que las cosas llegaran a tal extremo —murmuró ella afligidamente.

—¿No? Ya han sido asesinadas tres personas y no les importará matar a unas cuantas más, si con ello garantizan su impunidad. Ellos se han dado cuenta de que puedo resultarles peligroso y por eso tratan de quitarme de en medio.

—Deberías avisar a la policía...

—Ni lo sueñes —cortó él enérgicamente—. En primer lugar, no me creerían. Y, en segundo, ¿qué podrían hacer?

—Te protegerían, Red.

—Contra una bala disparada desde un lugar oculto y a distancia, no hay protección posible. Por suerte para mí, el tirador no tiene demasiada puntería; de lo contrario, me habría alcanzado al primer disparo.

—Red, yo habría sentido enormemente que... que te hubiera sucedido algo...

Dibson le dio unas palmaditas en la rodilla.

—No te preocupes, preciosa —dijo—. Sabré cuidarme y... además, trataré de ponerle la zancadilla al tirador.

—¿Cómo?

—Ya te lo contaré en otro momento. Por fortuna, Sylvia te ha disfrazado fenomenalmente. —Dibson se echó a reír—. Humble te ha tenido delante de las narices y no ha sabido reconocerte.

—Red, ¿crees que Humble tiene algo que ver con esto?

—Tan seguro como que el sol sale todas las mañanas... aunque el cielo esté cubierto de nubes —contestó el joven rotundamente.

* * *

—Quiero tenderle una trampa al tipo que me disparó anoche —dijo Dibson a la mañana siguiente, reunido con sus amigos en el apartamento de la Gorda.

—¿Piensas ofrecerte como víctima? —preguntó Mutt.

—Pienso volver a cenar otra noche al mismo sitio. Con Helen, naturalmente.

—Y nosotros nos esconderemos en el parque —adivinó Sylvia.

—Sí, exactamente.

—Es peligroso —calificó el Zurdo.

—Hay que correr un riesgo —contestó Dibson—. Podríamos ir a Humble directamente, pero no conseguiríamos nada. Es preciso, insisto, encontrar las pruebas suficientes para desenmascararlos.

El Bizco levantó una mano.

—Perdona, Red, pero hay algo en lo que no hemos reparado todavía —manifestó.

—¿De qué se trata, Cummy?

—A la impostora le «arreglaron» la cara. Tuvo que hacerlo un buen especialista en cirugía estética, quién, además, debe estar enterado del asunto. ¿Quién es ese cirujano?

—Hay varios en la ciudad —contestó Sylvia.

—Alguno se dejó tentar por una fuerte suma de dinero. Es preciso recordar, además, que Helen permaneció dieciocho meses internada en algún lugar y no debió resultar muy fácil mantenerla encerrada durante tanto tiempo.

—De acuerdo —dijo Dibson—, pero, por paradójico que parezca, eso es ahora lo menos importante. Si probamos, sin lugar a ningún género de dudas, que la Helen de Belevue Hill es la impostora, el nombre del cirujano saldrá a relucir inexorablemente. Lo importante es poder demostrar que en Belevue Hill hay una mujer

que no es sino el exacto duplicado de Helen Dobbs-Ryan.

—Por cierto, esta noche tienes que cenar con ella —exclamó la auténtica Helen con cierto retintín.

—Sí, y le anunciaré, como quien no quiere la cosa, que mañana por la noche pienso cenar de nuevo en el mismo restaurante, con mi «secretaria», a fin de ultimar un negocio con un amigo.

—Eso hará que el asesino vuelva al parque —adivinó Sylvia.

—Así lo espero —sonrió el joven.

—Entonces nosotros estaremos allí y...

La voz de Roafes el *Dandy*, sonó repentinamente, interrumpiendo las palabras de la Gorda.

—Hola, chicos. Buenos días a todos. ¿Cómo marchan las cosas? ¿Hay novedades satisfactorias?

Sylvia le dirigió una mirada crítica.

—Pareces muy satisfecho de la vida, Hal —comentó.

—Lo estoy —respondió el *Dandy*—. Zena está a punto de caer en el bote. Pero eso no es todo, hermanos.

Roafes se interrumpió un instante, para aumentar la expectación. Sonriendo, continuó:

—Mientras cenábamos anoche, salió a relucir el tema de la mujer duplicada. Zena, *motu proprio*, dijo entonces que empezaba a dudar de que la chica que está en Belevue fuese la auténtica Helen, pero que, no obstante, había un procedimiento para averiguarlo.

—¿Cuál? —preguntó Helen ávidamente.

—Mencionó un detalle muy íntimo, aunque no quiso expresarlo con claridad, y dijo que sólo la auténtica Helen podía conocerlo. Hoy se entrevistará con ella. A media tarde, me llamará por teléfono para comunicarme el resultado de la entrevista.

Dibson se volvió hacia la joven.

—Helen, Zena es una de tus mejores amigas —dijo—. Se trata de un dato muy íntimo. ¿Puedes recordarlo?

Ella se puso una mano en la frente.

—No, Red —contestó—. Tendría que hablar con Zena... y entonces sabría si es cierto o no.

—Esperemos a la tarde —propuso Sylvia—. Éste es un buen paso adelante y creo que no deberíamos estropearlo, actuando prematuramente.

—Sí, es una buena idea —convino Dibson—. Sobre todo, si

pensamos que yo he de cenar con ella... y que tenemos una muestra de escritura de la máquina de McCormick.

—Otra prueba más —dijo el Bizco.

—Con eso y con lo que dijo Zena...

—Y sin olvidar al asesino, a quien hemos de capturar a toda costa —insistió el joven.

Satisfecho, el *Dandy* hizo su gesto favorito: simular que se atusaba el bigote que no tenía.

—Después de esto, recompensaré a Zena —exclamó.

—¿Cómo, Hal? —preguntó Helen, llena de curiosidad.

—Oh, es muy sencillo. Le permitiré que se case conmigo —contestó Roafes, muy ufano.

* * *

Llena de perplejidad, Zena Rothman abandonó Belevue Hill, tras su entrevista con Helen. La ocupante de la mansión se había portado con ella con absoluta naturalidad en todo momento. Zena había llegado a creer que era su auténtica amiga, pero cuando, al cabo de un buen rato y con aire intrascendente, le hizo la pregunta crítica, recibió una respuesta que confirmó sus sospechas.

Había sido una falsificación perfecta, se dijo. Pero ¿sería posible demostrarlo?

Lo consultaría con Hal, se respondió a sí misma. Y luego, entre los dos, buscarían a la auténtica Helen y...

Delante de ella un semáforo se puso en rojo. Instintivamente, pisó el freno.

Casi en el mismo instante, sintió el contacto de una mano en su hombro izquierdo. Antes de que pudiera hacer nada, percibió un tremendo estrépito en el interior de su cráneo.

El rojo del semáforo se hizo instantáneamente negro para ella. La mano que la sujetaba tiró hacia atrás y dejó su cabeza reclinada en el respaldo del coche.

A Zena le había parecido el estampido de un cañonazo, pero, en realidad, el disparo no había hecho ningún ruido, amortiguado por el silenciador del arma.

Un hombre se apeó del vehículo con aire enteramente natural. La acera estaba a un par de pasos, subió a ella y se alejó sin prisas.

En aquellos parajes había poca gente.

Otro coche llegó y se situó detrás del de Zena. El conductor esperó unos instantes a que el semáforo se pusiera en verde. Cuando vio el paso libre, se dispuso a arrancar.

Pero el automóvil que tenía delante no se movía. Impaciente, el hombre tocó su bocina.

El coche de Zena continuó parado. El conductor empezó a enojarse.

—Estas mujeres... Siempre pensando en sus tonterías... — masculló, a la vez que se apeaba para llamar la atención a la distraída conductora.

Caminó unos pasos, se acercó al otro automóvil y vio que la mujer parecía dormir tranquilamente.

—Señora —bramó, lleno de cólera—, si quiere dormir, váyase a su camita.

La mujer no le contestó. La furia del individuo aumentó y abrió la portezuela de golpe.

—Si está borracha yo apartaré su automóvil...

En el mismo instante, el cuerpo de Zena se venció hacia la izquierda. Al faltarle el apoyo de la portezuela, Zena cayó, con medio cuerpo fuera y la cara contra el asfalto.

El aterrado sujeto dio un salto hacia atrás, al ver el brillo rojo que manchaba los dorados cabellos de la víctima. Otro coche que venía frenó en seco y su conductor se asomó por la ventanilla, para llenarle de coléricos improperios.

—¡Será mejor que se calle, estúpido! —gritó el primer conductor—. Esta mujer ha sido asesinada.

CAPÍTULO IX

—Bien —dijo Dibson—. Zena no ha llamado todavía y yo no puedo aguardar más tiempo. En todo caso, Sylvia, me llamas a Belevue Hill.

—Ve tranquilo —contestó la Gorda—. Ah, puede que yo reciba otra llamada, sobre la chica que falta en alguna parte. ¿Quieres que te lo diga?

—Por supuesto.

Dibson miró a Helen y sonrió.

—Cada vez estamos más cerca de la victoria —afirmó.

—Cuidado con las mujeres... muy expertas —dijo Helen, con los labios prietos.

—Sabré resistir la tentación, no te preocupes.

Media hora más tarde, Dibson tomaba las manos de la impostora, quien aparecía más hermosa y seductora que nunca.

—George Blake no sabe lo que se perdió al dejarte plantada —dijo.

—Fue un tonto, en efecto —convino la joven riendo—. ¿Quieres tomar un aperitivo antes de la cena?

—Será un placer, hermosa.

Helen preparó las copas. Dibson la contempló mientras tomaba un sorbo. ¿Cómo podía fingir tan perfectamente?

—A propósito —dijo instantes más tarde—. ¿Puedo hacer una llamada?

—Sí, claro. ¿Es algo importante, Red?

—Puede —sonrió él—. Mañana iré a cenar al mismo sitio, con mi secretaria.

—Es muy guapa y tiene un aire exótico que la hace sumamente atractiva. ¿De dónde la has sacado, Red? ¿De algún concurso de

misses?

Dibson hizo un gesto de indiferencia.

—Tengo una botella mágica, con un genio encerrado. Le pedí una secretaria y me la dio —repuso jovialmente—. Pero gracias a ella es posible que consiga hacer mañana un buen negocio en ese mismo restaurante. Por eso iremos a cenar allí...

—Si lo deseas, puedes llamar desde mi despacho.

—Sí, será lo mejor, gracias.

Dibson fue al despacho y cerró la puerta. Inmediatamente, paseó la mirada a su alrededor.

Encima de una mesita auxiliar divisó un grueso paquete de cuartillas, sujeto por un pesado pisapapeles. Levantó éste con la mano derecha, la dejó a un lado y, sacando la muestra de escritura, la comparó rápidamente con la de una de las hojas que componían el libro escrito por McCormick.

Unos segundos más tarde, tenía la prueba deseada. Dejó todo tal como estaba y fue hacia el teléfono. Estuvo con él unos momentos en la mano, sin hablar, lo puso sobre la horquilla y se dirigió hacia la puerta. Cuando la abría, sonó el timbre de llamada.

Helen estaba en el salón y le miró inquisitivamente.

—Será mejor que atiendas tú el teléfono —propuso el joven.

—Sí, claro...

Helen entró en el despacho, levantó el aparato, escuchó unos instantes y luego agitó la mano izquierda.

—Es tu secretaria, Peggy Simmons —indicó.

—Oh, perdona... Le dije que iba a cenar contigo...

El joven tomó el teléfono.

—Dibson —dijo.

La voz que sonaba al otro lado de la línea pertenecía a Sylvia:

—He recibido noticias, Red. La dama que está ahora en Belevue Hill trabajó hasta hace año y medio en el Orient Palace. Su verdadero nombre es Fay Ivers.

—Entendido y gracias.

—Ten cuidado... —Sylvia se interrumpió de pronto—. Espera, quieren decirme algo...

A través del hilo, Dibson oyó un fuerte chillido. Luego, el ruido de un cuerpo que se desplomaba al suelo.

—¿Qué sucede? —gritó.

—Helen se ha desmayado, pero no es nada —contestó Sylvia—. Red, mantente firme. Conserva la serenidad. Zena Rothman ha sido asesinada.

Dibson calló durante unos segundos. Luego procuró forzar una sonrisa.

—Está bien, muchas gracias, Peggy —fue todo lo que dijo.

Colgó el teléfono, miró a la impostora y volvió a sonreír.

—No era nada de importancia —mintió—. Simplemente, confirmar la cena para mañana en el mismo restaurante.

La impostora se colgó de su brazo.

—Pero esta noche estás aquí —dijo seductoramente.

* * *

Dibson abrió la puerta y miró a los circunstantes, reunidos en torno a una mesa y sumidos todos en un lúgubre silencio. La única que se movió fue Helen, quien corrió a refugiarse en sus brazos.

—Oh, Red... Zena ha muerto —sollozó—. Era mi mejor amiga...

Dibson puso un brazo en torno a los hombros de la muchacha.

—Procura calmarte —aconsejó—. ¿Dónde está Hal? —De pronto, había advertido la ausencia de Roafes.

—Ha ido a la morgue —contestó Sylvia—. Dice que quiere encargarse de los funerales de Zena. Se había enamorado de ella.

Dibson bajó la cabeza un instante.

—La vengaremos —prometió—. ¿Cómo ha sido? ¿Se sabe algo?

—El asesino la aguardaba en su coche. Disparó cuando ella se paraba delante de un semáforo, en un lugar poco concurrido. Nadie se dio cuenta, hasta que un conductor impaciente, al ver que el coche de Zena le cerraba el paso, se bajó del suyo y...

Los sollozos de Helen empezaron a atenuarse. Dibson la condujo hasta el diván. Ella sacó un pañuelo y se enjugó los ojos.

—Sylvia, ¿qué sabes de Fay Ivers? —preguntó.

—Mis informes dicen que era una chica muy bonita y muy culta, a pesar de su «profesión». Sí, mi informador recuerda ahora que tenía cierto parecido con Helen, pero un buen día, de repente, dijo que le había salido un empleo mucho mejor y abandonó el Orient. Allí se supuso que se había ido con algún amigo rico y no se le concedió la menor importancia al hecho.

—Suele suceder, en efecto —intervino el Zurdo, mientras sacaba cigarrillos.

—Pero también he sabido que uno de los clientes más asiduos de Fay era el abogado Humble.

—Humble, ¿eh? —murmuró Dibson—. Me pregunto qué podría saber Zena Rothman, que tanto podía comprometer a esos miserables.

—Ya no importa —dijo Helen desalentadamente.

—Sí, tienes razón. Por supuesto, el libro que escribió McCormick está en Belevue Hill.

—Ya tenemos una prueba más —exclamó Sylvia—. Si mañana logramos echar el guante al asesino, habremos completado el círculo en torno a los impostores.

—Falta, sin embargo, una cosa —dijo el Bizco.

Todos se volvieron para mirarle con curiosidad. Tras una leve pausa, Gargan continuó:

—¿Quién es el cirujano que operó a Fay Ivers?

—Sería interesante encontrarlo —exclamó Sylvia—. Es uno de los personajes más importantes del drama y su declaración resultaría altamente reveladora.

—Quizá se niegue a declarar... —apuntó el Zurdo.

—Cuando se vea complicado en algo más que una simple estafa, cuando se dé cuenta de que se han producido ya cuatro asesinatos, hablará, para librarse de una condena más severa. Pero, por desgracia, Helen no puede recordar...

¡Esperad un momento! —dijo Mutt súbitamente—. Es cierto que Helen no puede recordar en su actual estado, pero se podría conseguir por otros procedimientos.

—No hay ninguno, no seas tonto —dijo Sylvia ásperamente.

—Te equivocas, Gorda —contestó Mutt—. Hay un procedimiento infalible. Precisamente, hace dos noches, fui al teatro con una conocida. Lo pasamos estupendamente con la actuación de Haphad Khan, el número fuerte del programa de variedades. A un espectador le hizo recordar detalles olvidados de su infancia... y no era truco, porque a la chica que venía conmigo también le hizo decir cosas de las que ni siquiera se acordaba.

—¡Un hipnotizador! —Adivinó Helen.

—Exactamente —el Cojo sonrió, muy satisfecho—. Pero aún hay

más; hubo un tiempo en que Haphad formaba parte de la banda. Descubrió sus virtudes y nos dejó, cosa que nadie le reprochamos. Entonces se llamaba Stacey Larnigan.

—¡El Mago! —exclamó Dibson.

—Justamente el mismo —corroboró Mutt.

Dibson se pellizcó pensativamente el labio inferior, mientras fijaba la vista en la joven. Al cabo de unos instantes, volvió a hablar:

—Helen, ¿te atreverías...?

—Sin ningún temor —respondió ella firmemente.

* * *

Stacey Larnigan entró en la sala y contempló especulativamente a las personas que estaban allí congregadas. Larnigan era un hombre muy alto, delgado y de ojos penetrantes, aunque en aquellos momentos vestía corrientemente, en lugar de la indumentaria hindú que utilizaba cuando actuaba en el escenario bajo el nombre de Haphad Khan.

Larnigan sonrió tenuemente.

—Cuánto me alegro de estar con unos viejos y buenos amigos —manifestó—. Sylvia, estás más guapa que nunca. Te conservas maravillosamente...

—Sí, como las momias, aunque sin vendajes —respondió la aludida.

—Pero veo que hay una nueva en la pandilla —continuó Larnigan—. ¿Quién es esta preciosidad?

—Stacey, aunque no lo creas, es la auténtica Helen Dobbs-Ryan —intervino Dibson.

Larnigan parpadeó.

—Red, tú estás de broma —dijo.

—Créele, Mago —aconsejó Silvia—. Le cambié la apariencia por motivos de seguridad.

—Cuatro personas han sido asesinadas —dijo Dibson.

—El caso es grave —comentó Larnigan.

—Más de lo que crees, Stacey. Helen fue secuestrada y, durante dieciocho meses, permaneció encerrada en algún sitio. En estado de hipnosis, le sacaron todo lo referente a su vida anterior y otra

persona se lo aprendió. Antes o después, a esta persona, le arreglaron las facciones y, mientras, sus cómplices se ocuparon de la sustitución de fichas donde estaban archivadas su firma y sus huellas dactilares. Así, los impostores ganaron el juicio.

—Creo que comprendo —dijo el artista—. Pero ¿por qué no la asesinaron una vez terminado su trabajo?

—Es bien sencillo. Supusieron que, una vez vuelta a la normalidad, Helen presentaría una demanda contra su doble. La sentencia le sería adversa, como así ocurrió, y ellos contarían entonces, no sólo con el apoyo de la ley, sino de la opinión pública.

—Muy astutos, en efecto —convino Larnigan—. Y ahora, Red, quieres que yo...

—Sí, sólo buceando en su subconsciente podremos saber con exactitud lo que le sucedió durante ese año y medio.

Larnigan asintió.

—Muy bien —dijo—. De todos modos, quiero asegurarme de que no habrá fracasos —sonrió ligeramente—. A veces, en el teatro empleo ciertos trucos. No siempre hipnotizo a la gente y, en ocasiones, necesito de «cómplices».

Sylvia se echó a reír.

—Helen accederá de muy buena gana —exclamó.

—Lo sé, pero prefiero asegurarme. Sylvia, por favor, tráeme medio vaso de agua.

—Ahora mismo, Mago.

Sylvia regresó de la cocina con el vaso y Larnigan puso en su interior una tableta de color rosado, que se deshizo a los pocos momentos.

—Es un simple sedante —explicó, al entregar el vaso a la muchacha—. No le hará dormir, pero la relajará profundamente, que es precisamente lo que se necesita en un caso como éste.

—Muy bien —contestó Helen.

Vació el vaso y luego, guiada por Larnigan, tomó asiento en un cómodo butacón. Larnigan hizo un gesto con la mano.

—Salid todos —indicó—. No quiero que se produzcan fallos en la atención de la paciente.

—De todos modos, me gustaría estar presente en el interrogatorio —manifestó Dibson—. Necesitas que alguien te aconseje en las preguntas, Stacey.

—Ya te llamaré, Red —contestó el artista.

Sentada en el sillón, Helen procuró relajarse. A los pocos momentos, se sintió invadida por una paz infinita. Entonces, vio que Larnigan sacaba algo de su bolsillo.

Era una bola de metal muy brillante, de unos seis centímetros de diámetro, pero su forma no era absolutamente esférica, ya que estaba compuesta por infinidad de facetas exagonales. La bola pendía de un hilo muy fino, apenas visible, cuyo otro extremo quedaba sujeto por la mano del hipnotizador.

Larnigan movió la mano y la bola empezó a girar.

—Mírela fijamente —ordenó—. Concéntrase en los chispazos que brotan de su superficie. Mírela muy intensamente... Procure concentrarse... No aparte la vista... Mire, mire...

Al cabo de un minuto, Helen emitió un profundo suspiro y cerró los ojos.

—¿Quién es usted? —preguntó Larnigan.

—Helen Dobbs-Ryan —respondió ella con voz átona.

—Miente, usted es una farsante...

—¡No, no miento! Soy Helen Dobbs-Ryan.

Larnigan sonrió imperceptiblemente. En silencio, dio unos pasos laterales, abrió una puerta e hizo un gesto con la mano. El índice de la otra fue a sus labios, recomendando un silencio total.

Dibson y los demás salieron, pisando de puntillas.

—Está hipnotizada —susurró Larnigan—. ¿Qué le pregunto ahora, Red?

—¿Puedo encargarme del interrogatorio, Stacey? —consultó el joven.

Larnigan hizo un gesto de asentimiento. Dibson se situó frente a la muchacha.

—Helen, ¿me oyes? —preguntó.

—Sí.

—¿Sabes quién soy?

—Charlie Dibson.

—Te sacaron de tu casa hace año y medio y te llevaron a alguna parte. Probablemente, había un médico que dirigía el tratamiento. ¿Pudiste escuchar alguna vez el nombre de ese médico?

—Sí, Red.

—¿Cómo se llamaba, Helen?

—Doctor Struthers.

CAPÍTULO X

Larnigan tomó un vaso de agua que le había traído Sylvia, metió los dedos salpicó la cara de Helen con algunas gotas.

—Despierte, despierte —ordenó.

La joven se estremeció ligeramente y abrió los ojos.

—Doctor Struthers...

—No estás en su clínica ni ninguno de los que estamos aquí es el doctor Struthers —dijo Dibson, a la vez que se apoderaba de una de las manos de Helen—. Nuestro amigo Larnigan te hipnotizó y nos has contado todo lo que sucedió mientras te tuvieron secuestrada durante año y medio.

Helen le miró asombrada.

—¿Lo he dicho todo? —preguntó.

—Has hablado más que un candidato a la presidencia en vísperas de elecciones —sonrió el Cojo, a la vez que ponía en las manos de Helen una taza humeante—. Tómalo, es café con algunas gotas de *brandy*.

—Le sentará bien —indicó Larnigan.

Helen bebió el contenido de la taza. Los colores empezaron a volver a su rostro.

—¿Y bien? ¿Qué pasó? —quiso saber.

—Te sacaron de tu casa de Belevue Hill y te llevaron a la clínica de Struthers —explicó Dibson—. Naturalmente, ibas semiinconsciente. Parece ser que a Martha le dijeron algo sobre una repentina indisposición tuya, por lo que les ayudó incluso en aquellos momentos. Luego, por lo visto, se olió algo extraño, fue cuando quiso apretarles... y la estrangularon. Pero lo que ahora importa es lo que sucedió en la clínica de Struthers en donde, naturalmente, estuviste completamente aislada de los demás

pacientes.

»La mayor parte del tiempo permaneciste bajo hipnosis, tanto química como física, es decir, empleaban sedantes que tomabas con alguna bebida o en inyecciones, o te sometían a una especie de encefalógrafo, que adormecía por completo tu voluntad. Dijiste una vez que recordabas una especie de casco con alfileres que se te clavaban en la cabeza.

—Sí, es cierto —admitió Helen.

—Bien, por medio de ese aparato, te sacaban información sobre pasajes de tu vida, incluyendo la semana que pasamos juntos en Silver Beach, por no hablar de épocas mucho más lejanas. Así recogieron una enorme cantidad de información, que luego traspasaron a la que había de ser tu doble. Un proceso menos complicado que largo, pero absolutamente efectivo.

—Y, ¿cómo es posible que yo no haya recordado nada... ni siquiera ahora mismo, en estos momentos?

—La hipnosis de Larnigan ha despertado lo que dormía en tu subconsciente —contestó Dibson—. Así hemos sabido que, en las últimas etapas de tu estancia en la clínica, se te inculcó la idea de olvidar cualquier cosa que pudieras recordar. Una vez finalizado el «tratamiento», se te durmió, mediante una inyección de narcótico, y te llevaron al apartamento de la Calle Octava, en donde volviste a la vida. Para entonces, naturalmente, tu doble estaba ya en Belevue Hill, de «vuelta» del Brasil y, lógicamente, con el rostro transformado en el tuyo.

—Entonces, ese Struthers es culpable...

—No es el único. Mediante la hipnosis, hemos sabido que Humble iba con frecuencia a la clínica, para conocer el resultado del tratamiento. Tu abogado ideó el plan, buscó a Struthers, le convenció, mediante la promesa de una gran suma de dinero... y empezaron a desarrollar la idea.

—Con la ayuda de Fay Ivers —dijo Helen.

—No les costó mucho. Es una joven ambiciosa y la idea de convertirse en Helen Dobbs-Ryan le agradó de inmediato. También la viste y hablaste con ella en numerosas ocasiones.

Es lógico, Fay tenía que conocerte a fondo para desempeñar mejor el papel que le había sido encomendado.

—Tener mucho dinero, a veces, resulta desagradable —dijo

Sylvia sentenciosamente.

—Yo nunca hice demasiado caso de mi fortuna... Trabajé, estudié, conseguí un doctorado...

—Pero tenías dinero y eso, para algunos desaprensivos, era como un imán —adujo la Gorda.

—Te creo —contestó Helen—. Pero ¿qué vamos a hacer ahora?

—Aún falta la última prueba —dijo Dibson.

—¿Cuál, Red?

—Para el mejor éxito del plan, Fay Ivers, ya bajo tu apariencia, se hizo detener y arrestar por la policía, en un simulado accidente de automóvil. Naturalmente, tomaron sus huellas dactilares, no archivadas hasta entonces en la jefatura. Pero Sylvia dice que Fay estuvo arrestada en una ocasión, hace cinco o seis años. Esas huellas no aparecerán, claro.

—Si lo hubiera sabido cuando hice mi demanda ante el juez...

—No podías saberlo —contestó Dibson—. En cambio, sí hemos averiguado que Fay vino aquí procedente de San Francisco, en donde sufrió otro arresto por ejercer la prostitución. Puede que las huellas archivadas aquí hayan desaparecido, pero no las archivadas en San Francisco. Y ése es un detalle que haremos público en el momento oportuno.

—¿Cuándo, Red?

—Cuando tengamos todos los cabos atados, de modo que no haya dudas sobre el resultado de la operación. Recuerda, esta noche volvemos a cenar en el mismo restaurante.

—Y nosotros —dijo Sylvia, a la vez que insertaba un cigarrillo en su larga boquilla de marfil—, nos apostaremos en el parque, para echarle el guante al asesino.

—Le haremos hablar —aseguró el Bizco.

—Se resistirá —opinó Helen.

—Podemos dejarle unos minutos a solas con el *Dandy* —sonrió el Cojo.

—Hal recordará a Zena y se pondrá muy furioso —añadió el Zurdo.

—En todo caso, estoy yo —dijo Larnigan sonriendo—. Red, si el asesino vuelve, puede resultar peligroso para ti —advirtió Helen.

—Debo correr el riesgo, no hay otra solución —respondió Dibson.

Helen se apeó del coche y no pudo evitar una aprensiva mirada hacia el parque situado al otro lado de la amplia avenida. Más allá de los faroles que bordeaban ambos lados de la calle, todo era oscuridad y tinieblas.

Sintió en el brazo el contacto de la mano de Dibson y se tranquilizó. Momentos después, estaban sentados a una mesa. El *maître* trajo la carta.

Dibson eligió el menú. Encendió un cigarrillo y miró sonriendo a la joven.

—Animo —dijo—. Esto se acaba. Muy pronto habrás salido de esta pesadilla.

—Lo deseo fervientemente... pero no acabo de comprender por qué me traicionó Humble. Fue siempre un hombre leal para mi padre...

—Tu padre, por desgracia, ya no vive. Pero yo pienso que tal vez no resultabas tan fácil de manejar como había supuesto. ¿Me equivoco?

—Algo hay de eso —convino la joven—. En más de una ocasión, rechacé propuestas tuyas para determinadas inversiones financieras. Humble aseguraba que podían proporcionarnos grandes beneficios, pero yo me negaba casi continuamente.

—¿Por qué? —se extrañó Dibson.

—Red, piensa un poco. ¿Para qué quiero más dinero?

—Es cierto —admitió él—. Eso significa que Humble no tenía las manos completamente libres.

—Ni mucho menos. Posiblemente pensó que yo sería una presa fácil, una vez muerto mi padre prematuramente, pero se equivocó, Y, además...

—Además, ¿qué, Helen?

—Intentó conquistarme. Quería casarse conmigo.

—¡Vaya! —resopló Dibson—. ¡Pero, si es un vejstorio!

—No tanto, aún no ha cumplido los cincuenta años y tiene un aspecto muy agradable.

—De todas formas, no era el esposo que necesitabas.

—George lo hubiera sido... si hubiese tenido otro carácter.

—Eso es una tontería. El carácter de George no se podía

modificar, con lo que no puedes lamentarte de que te dejara plantada.

—¡Oh!, ahora ya no lo lamento. —Helen puso los codos sobre la mesa y le miró fijamente—. Red, ahora hablemos de ti. ¿A qué te dedicas? ¿Qué haces con tu pandilla? A veces me parece que formáis una especie de banda de forajidos... No te enfades, sólo son comentarios sin malicia.

Dibson se echó a reír.

—No me enfado —respondió—. En realidad, nos dedicamos a... negocios. No se puede decir que estemos fuera de la ley, aunque en ocasiones tenemos un pie dentro y otro fuera de la línea. Pero puedes creerme si te digo que nunca un pobre ha salido perjudicado por nuestras acciones.

—¿Estafas?

Dibson hizo un gesto ambiguo.

—A veces... sí, a tipos que son verdaderos tiburones y que se merecían un buen pellizco en la bolsa. A veces, hacemos también investigaciones privadas...

—Un género de vida no demasiado tranquilo —calificó ella.

—Depende del punto de vista. A ninguno de nosotros nos gusta sujetarnos a un horario fijo. Por otra parte, tenemos ingresos honestos. Sylvia posee una cafetería y el Zurdo y el Cojo la ayudan en la tarea, uno en la barra, cuando no tenemos una operación como ésta, y el otro en los libros de cuentas. El *Dandy* trabaja como modelo masculino y extra distinguido en los estudios de cine. Por último, Chummy el Bizco, es dueño de un pequeño *drugstore*; lo tiene arrendado y le produce muy buenos dividendos. Naturalmente, cuando sale un buen trabajo en perspectiva, todos nos unimos y actuamos como si fuéramos uno solo. ¿Satisfecha?

Helen sonrió.

—Faltas tú —alegó—. ¿Qué haces?

—Dirijo la banda. ¿Te parece poco?

—No mientas. Se advierte muy pronto que eres cultivado, además de inteligente. Contéstame con franqueza, Red.

—A veces, encuentro un buen caso y lo defiendo ante los tribunales. Pero si el tipo es un verdadero criminal, renuncio de inmediato. Entonces, claro está, los otros me ayudan en las investigaciones.

—Abogado, ¿eh?

—Sí, aunque sin demasiado entusiasmo.

—Red, ¿sabes que si esto sale bien, estoy pensando en hacerte mi administrador?

—¡Ni lo sueñes! —Se espantó él.

—¿Por qué no? Creo que lo harías mucho mejor que Humble y, además, yo podría confiar en ti plenamente. Así podría dedicarme de lleno a la ciencia...

Dibson la miró de reojo.

—Con tu cara... bueno, con la normal, no la de ahora; con tu tipo, tu juventud... y convertirte en un búho con faldas...

—La Antropología me gusta, no puedo remediarlo, Red.

—Hay gustos que merecen palos —refunfuñó él—. Pero, de todas formas, éste no es un problema urgente, al menos por ahora. Hablaremos cuando vuelvas a ser tú de nuevo.

—Sí, hablaremos y entonces... te convenceré, créeme.

El resto de la cena transcurrió animadamente. Cuando terminaban, Helen se sintió nuevamente aprensiva.

—Red —murmuró.

—Dime, encanto.

—Tenemos que irnos. El asesino estará esperándonos.

—Sólo me aguarda a mí, recuérdalo.

—Pero yo no quiero que te pase nada...

Dibson sonrió.

—Descuida, ellos vigilan —contestó.

Y agitó la mano para llamar la atención del camarero y pedirle la cuenta.

CAPÍTULO XI

La oscuridad en el parque era casi total, aunque había zonas ligeramente iluminadas por el resplandor de las farolas del borde. El hombre llegó junto a un espeso seto y dejó en el suelo el maletín de que era portador. Acto seguido, se agachó, abrió la tapa y empezó a manipular en los instrumentos que contenía el maletín. A los pocos momentos, se levantó, con el fusil en las manos y tendió el arma, para mirar hacia el restaurante, a través del visor telescópico.

Sylvia estaba a unos metros de distancia, detrás de un espeso macizo de flores, con un transmisor de radio en la mano.

—Ya tiene el rifle preparado —bisbiseó.

—Muy bien, Andy y yo estamos atentos —contestó el Zurdo por el mismo procedimiento.

—Tengo el restaurante a la vista —informó el Bizco, provisto de unos prismáticos y situado también en un lugar muy oscuro.

—Está a mi alcance —anunció el *Dandy*—. Lástima no poder pegarle un tiro...

—Hal, nosotros no somos asesinos —dijo Sylvia—. Comprendemos tu dolor, pero te sentirás mucho más satisfecho cuando lo encierren en presidio para el resto de sus días.

—Se ha restablecido la pena de muerte —contestó Roafes—. Ojalá lo sienten en la cámara de gas de San Quintín —deseó rencorosamente.

De pronto, Gargan lanzó una exclamación:

—¡Cuidado! Atención todos. Red y la chica salen del restaurante...

—Sigue mirando. Describe cada uno de sus pasos —pidió Sylvia—. Hal, ¿estás listo?

—Sí —contestó el *Dandy*.

Mientras Gargan seguía hablando, Roafes tensó la goma del tirachinas que había llevado consigo y en el que había como proyectil una bola de acero de un centímetro de diámetro. Desde el lugar en que se hallaba, podía divisar perfectamente al emboscado.

El asesino se irguió de pronto, con el riñe en las manos. Gargan dijo:

—Red y la chica se están acercando al automóvil.

Roafes tensó las gomas al máximo. De pronto, aflojó los dedos de la mano derecha.

La bola partió silbando oscuramente y alcanzó la muñeca del asesino, de cuyos labios brotó en el acto un grito de dolor. Sylvia lo oyó y gritó a su vez:

—¡Alto! ¡Estás rodeado!

El golpe había hecho que las manos del asesino soltaran el rifle. Al oír la voz de Sylvia, se sobresaltó horriblemente, pero reaccionó casi de inmediato y saltó ágilmente el seto.

—¡Cuidado! ¡Se va a escapar! —aulló la Gorda.

Roafes puso una segunda bola en el tirador y la disparó en dirección a la silueta que corría a toda velocidad, alejándose del parque con la mayor rapidez posible. El asesino recibió el impacto en el hombro izquierdo y, de pronto, se volvió.

Tenía un revólver en la mano y apretó el gatillo.

—¡Al suelo! —gritó el *Dandy*.

Dibson y Helen contemplaban la escena desde el otro lado de la avenida. De pronto, vieron venir un coche con luces en el techo.

—Agáchate, Helen —ordenó Dibson.

El asesino intentó cruzar la calzada. Roafes le provocó, mediante el lanzamiento de una tercera bola. El asesino disparó por segunda vez.

El coche de patrulla se detuvo a poca distancia y los policías que iban en su interior saltaron inmediatamente, pistola en mano.

—¡Alto! ¡Entréguese! —gritó uno de ellos.

El asesino retrocedió, con el rostro deformado por el odio y el pánico. Bruscamente, levantó la mano armada.

Los dos policías hicieron fuego simultáneamente. El asesino retrocedió un par de pasos, trastabilló luego y acabó por iniciar un giro, que terminó cuando su cara chocó contra el asfalto.

Dibson hizo unos gestos con la mano. El Bizco captó la señal y

utilizó la radio:

—Red ordena retirada —dijo.

—Está bien, todos a casa —dispuso Sylvia.

Mientras, Dibson corría hacia el hombre caído en el suelo, aparentando ser un curioso más. Sin embargo, no se percató de que Helen le seguía muy de cerca.

Uno de los policías hizo voltear el cuerpo caído sobre el asfalto, cuyos ojos estaban ya vidriados.

—¿Qué diablos habrá pasado aquí? —preguntó.

De súbito, se oyó un grito estridente:

—¡Dios mío! ¡Es George Blake!

* * *

—Nunca pude imaginarme que mi ex prometido se hubiese convertido en un sanguinario asesino —dijo Helen a la mañana siguiente.

—Algún día sabremos por qué lo hizo, además de por dinero —intervino Sylvia—. ¿Te molestó mucho la policía?

—No. Dije que lo había conocido casualmente unos meses antes y que cenamos juntos un par de veces. Naturalmente, negué conocer sus actividades.

—Yo la instruí para que contestara a las preguntas de la policía —manifestó Dibson—. Sin embargo, con la muerte de Blake no hemos resuelto todos los problemas. Aunque es de suponer que sacase su buena tajada del pastel, no actuaba por iniciativa propia.

—Tal vez le hacían chantaje —apuntó el *Dandy*.

—Es posible —convino el joven—. De todos modos, los acontecimientos se precipitan. Y vamos a ver si resolvemos el asunto de una sola jugada.

—¿Cómo? —quiso saber Andy Mutt.

—Será preciso dejar pasar un par de días. O tres, no importa uno más o menos. Sylvia, tú te ocuparás de que Helen recobre su aspecto habitual.

—¿Para qué? —preguntó la aludida.

—Aguarda un momento. Yo saldré ahora mismo hacia San Francisco. Tengo un buen amigo en la Jefatura de Policía y trataré de conseguir un duplicado de las huellas de Fay Ivers. Mientras

tanto, Sylvia irá a visitar al doctor Struthers, para tantear el terreno.

—¿Qué diablos de excusa puedo poner? —preguntó la Gorda.

Dibson la miró de arriba abajo.

—¿No necesitas hacerte la cirugía estética?

—Pues... —Sylvia se cogió los senos con ambas manos—. A decir verdad, todavía estoy lejos de los cincuenta, pero ya empiezan a perder firmeza —sonrió maliciosamente—. De todos modos, es una operación que cuesta bastante dinero.

—Sylvia, si todo sale bien, yo pagaré la factura del cirujano —prometió Helen.

—Gracias, hermosa. Entonces, Red, voy a ver a Struthers y...

—Explora el terreno. Tantéale, pero procura no mencionar ni de lejos a Helen. Como si no hubieras oído hablar de ella en toda tu vida, ¿entendido?

—Descuida, Red.

—Naturalmente, antes te habrás ocupado de que Helen vuelva a ser la que era, en lo físico, por supuesto. Y tú, Helen, te entrevistarás con Humble.

La joven respingó.

—¿Querrá recibirme? —dudó.

Dibson sonrió.

—Llevarás un gran bolso, adecuadamente preparado, en cuyo interior habrá una grabadora. Cuando te vea, Humble creerá que es la impostora.

—Ya entiendo. ¿Qué le digo?

—Quéjate de lo que está pasando. Pide más dinero. Entérate de cómo está el asunto de la firma bancaria.

—En ese plan, estupendo por otra parte, hay un punto débil —objetó Roafes.

—¿Sí? —dijo el joven.

—¿Qué sucedería si a Hamble se le ocurriese telefonar a Belevue Hill, con Helen delante? Se daría cuenta inmediatamente de la trampa...

Dibson se volvió hacia el Zurdo.

—Ray, cuando le hicimos la jugarreta a Henry Ruggles, tú te disfrazaste de empleado de la Compañía Telefónica.

—Es cierto —admitió el aludido.

—Entonces, hiciste una derivación. Ahora podrías cortar los

hilos del teléfono de Belevue Hill.

—Déjalo de mi cuenta, Red —contestó Willows.

—Entonces, no se hable más. Creo que estaré de vuelta pasado mañana. Para entonces, Helen y Sylvia habrán hecho ya cada una su tarea. Helen, no te olvides mostrarte aprensiva. Si es preciso, menciona incluso a Zena Rothman.

—Entendido —dijo la joven.

—Y yo me ocuparé de ese Struthers —aseguró Sylvia—. Naturalmente, el día que me opere de los pechos buscaré otro cirujano.

—Yo conozco uno muy bueno —exclamó Helen—. Te dejará como una quinceañera.

Sylvia lanzó un hondo suspiro.

—Esa edad está ya sumergida en el túnel del tiempo —respondió melancólicamente.

Dibson se puso en pie.

—Está bien, no puedo perder más tiempo. Nos veremos pasado mañana, por la tarde —se despidió casi con brusquedad.

* * *

Cuando su secretaria le informó del nombre de la visitante, Humble hizo un fruncimiento de cejas, pero acabó por acceder a recibirla. Helen entró momentos después, con un gran bolso colgado del hombro izquierdo y los ojos ocultos por unas gafas de color.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó Humble no de muy buen humor.

Helen lanzó una mirada hacia el interfono.

—¿Está cerrado? —inquirió.

—Está cerrado —confirmó el abogado—. Vamos, habla de una vez.

—De acuerdo. Estoy muy nerviosa, Greg.

—No tienes por qué sentir temor alguno. Todo marcha perfectamente, Helen.

—Todo marcha perfectamente —repitió ella, con fingida risa nerviosa—. Marcha muy bien... y ya ha muerto un montón de personas: el empleado del Banco, McCormick. Martha Harrison, Zena Rothman. Blake... ¿Te das cuenta de lo que puede suceder si a

un policía curioso se le ocurre ahondar en estos asesinatos?

—Lo sé perfectamente, pero no sucederá nada —respondió Humble.

—Muy seguro estás, Greg.

—Por supuesto —respondió el abogado enfáticamente—. Mira, el del Banco murió en un supuesto atraco. Pedía nada menos que un millón por tener la boca cerrada, ¿sabes?

—¿Tanto? —se asombró la joven.

—Ese bastardo de McCormick pedía medio millón. En cuanto a Martha, bueno, qué diablos, también se percató del asunto y quiso sacar tajada. No se puede tener compasión con los chantajistas; siempre dicen que es su última petición y, al poco tiempo, vuelven a la carga. Lo mejor es quitarlos de en medio, ¿comprendes?

—Sí, claro, pero ¿qué me dices de Zena Rothman? ¿Por qué tenía que morir?

—Ella no pidió dinero, pero se dio cuenta de la trampa. Habíais estado juntas unos cuantos años en el mismo colegio. La amistad era muy íntima. No pudimos sacarle a la otra Helen los detalles.

—Entiendo. De modo que estás seguro de que no se descubrirá el pastel.

—Absolutamente seguro —respondió el abogado.

—Pero ¿qué me dices de Dibson? Está husmeando...

Humble lanzó una gruesa interjección.

—¡Greg! Modera tu lenguaje —protestó Helen.

—Dispensa, muñeca. Ese hombre me pone frenético... Tiene una suerte espantosa. Ya tendría que estar muerto y, sin embargo, anda por ahí...

—¿Piensas acabar con él?

—¡Claro! Mientras esté vivo, no descansaré un solo minuto.

—Greg, me pregunto si no sería conveniente atraerle a nuestro bando.

—¿Cómo?

Helen hizo un signo muy gráfico, frotándose el pulgar y el índice.

—Dinero, hombre. Y, además, yo... —Helen se quitó las gafas, sonrió y se pasó las manos por las caderas—. Me parece que tengo encantos suficientes para volver loco a un hombre.

Humble lanzó un bufido.

—Dinero, en todo caso. Pero lo otro, no. Te quiero para mí, ¿sabes?

—Greg, a veces, es preciso hacer sacrificios —dijo ella maliciosamente—. Cuando era Fay Ivers, adquirí mucha experiencia.

—¡No pronuncies ese nombre! —rugió el abogado—. Fay Ivers ha muerto, ha desaparecido para siempre. Tú eres ahora Helen Dobbs-Ryan, ¿has comprendido?

—Entendido. Yo ya no seré jamás Fay Ivers, sino Helen Dobbs-Ryan. —La joven sonrió—. Y no pienso quejarme, Greg. A propósito, te sentirás contento de que la policía acabase con Blake.

—Fue un estúpido —dijo Humble—. Tenía un rifle y un revólver... y se dejó asustar por un vulgar tirachinas.

—Greg, nunca he comprendido cómo conseguiste que Blake hiciera todas esas cosas...

—Tenía que hacerlo, no le quedaba otro remedio. Hace tres años, se cargó a una vieja, de la que era su amante. Ella se hartó de darle dinero, que luego George se gastaba con mujeres más jóvenes, lo despidió, después de una escena violentísima. George le abrió la cabeza con una estatua de bronce. Luego robó unas cuantas joyas, para simular el asalto de un ladrón.

—Y tú, claro, lo sabías.

—George no se atrevió después a vender las joyas. Aún deben de estar escondidas en su apartamento.

—Vaya un tipo —simuló quejarse Helen—. Pero ¿cómo te enteraste de que él lo hizo?

—Bueno, yo era el administrador de aquella fulana y lo sospeché de inmediato. Entonces, preferí callar.

—Sabías que un día podías necesitarle —sonrió la joven.

—Desde luego. Y cuando llegó la ocasión... Bueno, ¿te sientes más tranquila?

—Eso sucederá cuando Dibson haya dejado de molestarnos, Greg.

—Buscaré algún método seguro para eliminarlo. No he trabajado durante dos años, para que un hijo de perra venga a estropearlo todo. Tú sigue como hasta ahora y no te preocupes de más, ¿entendido?

Helen se puso en pie.

—Lo dejo todo en tus manos, Greg. Cuando te conocí, Fay Ivers desapareció de este mundo. ¡Fay Ivers ha muerto! ¡Viva Helen Dobbs-Ryan!

Humble la miró codiciosamente.

—Helen, me gustaría ir a tu casa esta noche —insinuó.

La joven se asustó en el primer momento. Si Humble iba a Belevue Hill, se descubriría la impostora y...

Pero no tardó en encontrar la solución. Sonriendo deliciosamente, contestó:

—Querido, debes tener paciencia unos días. Estoy en unos momentos críticos.

—Oh, comprendo.

—La naturaleza femenina, ¿sabes?

—Está bien. Avísame... cuando el paso quede libre.

—Descuida, cariño.

Helen abandonó el despacho del abogado. En la calle, lanzó un hondo suspiro.

La conversación había sido grabada. Si Dibson regresaba de San Francisco con las huellas de Fay Ivers, la derrota de aquellos criminales podía darse como segura.

CAPÍTULO XII

El coche se detuvo frente a la residencia y su conductor tocó el claxon. A los pocos momentos, una joven apareció en la puerta, agitando su mano en señal de saludo.

Ella corrió a lo largo del sendero, atravesó la verja y se sentó junto a Dibson.

—¿De dónde sales, Red? —exclamó, después de darle un beso en la mejilla.

—Oh, he estado ocupado... —contestó él ambiguamente—. Decidí que podía tomarme el día libre y pensé que no te disgustaría dar un paseo conmigo.

—Es la mejor idea que has tenido —contestó la joven—. ¿Adónde vamos?

—No te preocupes; quiero darte una sorpresa.

—Espero que me guste —rió la joven.

—Te gustará, no lo dudes. Por cierto, ¿cómo te sientes, Helen?

—Bien. Oye, ¿a qué viene ese interés por mi salud?

—Oh... A veces pienso en el pleito que te puso aquella alucinada, sí, la que se parecía tanto a ti y que aseguraba ser Helen Dobbs-Ryan. ¿No te sientes preocupada?

—¿Por qué? Soy la auténtica Helen y ella una impostora que quiso aprovecharse del extraordinario parecido que hay entre ambas. Mi personalidad quedó demostrada sin lugar a dudas, Red. ¿Es que no leíste los periódicos?

—Claro que sí, encanto. Pero si a mí me hubiera pasado una cosa semejante... Vamos, no sé, puede que no me sintiera demasiado a gusto...

Ella hizo un gesto displicente.

—Eso es algo que ya no me preocupa en absoluto, Red —

aseguró.

—Te felicito. —Dibson hizo un gesto con la cabeza—. La verdad, esa fulana tiene la cara como el cemento. ¡Mira que pretender ser tú!

—Sí, es una desaprensiva. Pero el golpe le salió mal. Como suele decirse, el tiro por la culata.

—Exactamente. Oye, ¿sabes una cosa? He estado hablando con un amigo mío. Conoce a cantidad de gente... Anoche me dijo que la demandante es una tal Fay Ivers, quien trabajó hace años en un local llamado Orient Palace. Bueno, por pudor no digo a qué se dedicaba la prójima, aunque te supongo lo suficientemente inteligente como para adivinarlo, ¿no?

Mientras hablaba, Dibson estudiaba de reojo las reacciones de su hermosa acompañante. Ella se había puesto pálida y todo su cuerpo aparecía tenso y rígido.

—Red, no me gusta seguir con el tema —dijo—. ¿Por qué no hablamos de otra cosa?

—Como gustes. Siento haberte molestado...

—No te preocupes. ¿Adónde vamos?

—Ten calma. Lo sabrás dentro de poco.

Un cuarto de hora más tarde, Dibson detenía el coche frente a un edificio, rodeado por un agradable jardín. Se apeó, dio la vuelta y abrió la portezuela del otro lado, tendiendo una mano a la joven para ayudarla a apearse.

—Ven —dijo, asiéndola por un brazo.

Ella caminó a su lado. Dibson llegó junto a la puerta y tocó el timbre. Alguien abrió a los pocos momentos.

—Hola, Helen —saludó el abogado Humble—. Oye, ¿qué hace este hombre contigo?

—Quiero hablar con usted —manifestó Dibson, se volvió hacia su acompañante—. No temas, será cuestión de pocos minutos.

La joven permanecía seria, pálida y tenía los labios prietos. Un tanto desconcertado, Humble se echó a un lado.

—Hablaremos en mi despacho —dijo.

—Gracias, abogado —contestó el joven.

Humble les precedió. Al llegar a su despacho, buscó una botella.

—Querrán tomar algo, supongo.

—¿Helen? —consultó Dibson.

—Sí, gracias —dijo la aludida.

Dibson dejó sobre la mesa el portafolios que había llevado consigo. Humble llenó tres copas y entregó una a cada uno de sus visitantes.

—¿Y bien, señor Dibson? Hable pronto, por favor; estoy esperando la visita de un amigo...

—El doctor Struthers, imagino —sonrió Dibson.

Humble se puso tieso.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—Oh, fui a verle hace poco y me dijo que no podía atenderme, ya que iba a entrevistarse con usted, aquí, en su domicilio particular —de pronto, sonó el timbre de la puerta—. Ah, creo que ya está ahí... ¿Me permite que le abra, abogado?

Humble parecía desconcertado. Sin esperar su aquiescencia, Dibson abandonó el amplio despacho, cruzó la sala y llegó a la puerta, que abrió de inmediato.

—Pase, doctor; el abogado le está aguardando —dijo.

Struthers le miró penetrantemente. Era un hombre alto, de cabello claro, rizado, y hombros poderosos, todavía joven y de agradable presencia.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Un amigo de Humble —sonrió el joven—. Me llamo Dibson, pero... pase, pase, por favor.

Struthers, receloso, cruzó el umbral. Dibson simuló que cerraba, pero no lo hizo por completo. Al otro lado del jardín, divisó un rostro conocido. Hizo un rápido gesto con la mano y siguió al galeno hasta el despacho de Humble.

—Greg, ¿qué demonios pasa aquí? —preguntó Struthers de mal talante—. ¿Por qué me has hecho venir con tanta urgencia?

—Yo no te he llamado, Alvin —contestó Humble—. Debe de haber un error...

—Red, ¿qué diablos te propones? —exclamó la rubia—. No tengo ganas de bromas idiotas, ¿comprendes?

—Será mejor que esperes un poco —dijo el joven sin inmutarse—. Doctor, señor Humble, creo que les conviene escuchar algo muy interesante.

Abrió el portafolios, extrajo de su interior una grabadora y presionó la tecla de puesta en marcha. Inmediatamente se oyó la

voz del abogado, seguida de la de Helen.

Dibson observaba a Humble y le vio ponerse lívido. Struthers seguía desconcertado, sin comprender lo que sucedía.

Durante unos segundos, no sucedió nada. Luego, Helen, en la grabación, dijo:

«—Todo marcha perfectamente. Marcha muy bien... y ya han muerto un montón de personas: el empleado del Banco, McCormick, Martha Harrison, Zena Rothman, Blake...».

—¡Basta, basta! —aulló Humble descompuestamente, dándose cuenta del engaño de que había sido objeto dos días antes—. Dibson, maldito sea, pida lo que quiera por esa grabación. Le daré lo que quiera... ¿Cuánto pide?

—Trescientos cincuenta millones de dólares —contestó el joven sin pestañear.

* * *

Sobrevino un momento de silencio. Humble boqueaba agónicamente. Struthers tenía la cara blanca. La joven no parecía hallarse en mejores condiciones.

—Usted... —dijo el abogado por fin—, usted me ha...

—He descubierto la verdad, simplemente —contestó Dibson apaciblemente—. La mujer que le visitó hace dos días y grabó la conversación, era la auténtica Helen Dobbs-Ryan y no la que está aquí, en el despacho. Usted ideó el plan, con la colaboración del doctor Struthers, y lo hizo todo magníficamente, sin omitir un solo detalle, alterando el rostro de esta dama que tengo a mi lado, extrayendo a Helen todos sus conocimientos y todos sus recuerdos y, en fin, cambiando las fichas de huellas dactilares y de firmas bancarias.

Humble se arrojó sobre la grabadora y sacó el cartucho de cinta, que metió en un bolsillo.

—Lo destruiré —dijo roncamente—. No habrá pruebas más que su palabra y la de una impostora... ¡Ésta es la auténtica Helen! —gritó, señalando a la joven.

Impasible, Dibson sacó algo de su bolsillo y lo agitó unos instantes.

—Puede quedarse con la cassette, abogado —dijo—. ¿Me cree

tan estúpido como para no haber sacado una copia? Pero aun esa grabación podría ser rebatida por un buen abogado y usted lo es, sin duda alguna. Ahora bien, en la perfección del plan hubo un lunar.

Dibson lanzó sobre la mesa una cartulina blanca de forma peculiar.

—Es una copia de la ficha policial de Fay Ivers, tomada en San Francisco, en donde fue arrestada hace seis años por ejercer la prostitución. Allí no pudo usted sobornar a nadie para que cambiara la ficha, seguramente porque, al ponerse de acuerdo con esta mujer, no le dijo ella nada acerca de esa fase de su pasado. ¿Me equivoco, Fay?

La cabeza de la joven se inclinó pesadamente. Dibson se volvió hacia el médico.

—En cuanto a usted, doctor Struthers, además de un excelente cirujano, es también un magnífico psiquiatra, lo cual ayuda a su otra especialidad, porque muchas veces un tratamiento de cirugía estética, requiere uno complementario psicológico sobre el paciente que va a ser tratado.

—Pero no podrán demostrar que yo intervine para nada en este asunto —alegó Struthers—. No hay pruebas...

—Doctor, usted se ocupó de borrar todo recuerdo de la mente de Helen —dijo el joven—. ¿Cómo se cree que yo lo he sabido? Usted, psiquiatra, conoce mejor que nadie los efectos de la hipnosis sobre el subconsciente. Helen reveló bajo hipnosis todo, todo cuanto le había sucedido en su clínica, ¿comprende?

Struthers se aterró.

—¡Pero yo no he tenido complicidad en los asesinatos! —exclamó.

—¡Ni yo! —agregó Fay.

Extendió la mano hacia Humble.

—Todo lo hizo él —acusó.

De pronto, Humble se echó a reír.

—Vamos, el barco se hunde y las ratas empiezan a abandonarlo, ¿eh? Bueno, si el barco se hunde... nos hundiremos todos —aulló coléricamente.

Metió la mano en el cajón de la mesa, sacó una pistola y disparó primero contra Struthers.

El médico se desplomó, con la frente perforada por un proyectil. Fay gritó aterrada.

Dibson reaccionó y, agarrando una silla, la lanzó violentamente contra el abogado, cuyo segundo disparo, desviado providencialmente, hirió a la joven en un hombro. Fay cayó, chillando agudísimamente.

Humble se desplomó. Dibson saltó hacia él y pateó la pistola, lanzándola a un rincón. En el mismo momento, se abrió la puerta del despacho.

—¡Red! —gritó Helen.

Dibson movió la mano.

—Estoy bien —contestó—. Atiende a tu doble; yo voy a llamar a la policía y a una ambulancia.

Miró a Humble. El abogado, hecho un ovillo en el suelo, tenía la cara entre las manos y sollozaba como un niño. Dibson meneó la cabeza. La derrota de aquel sujeto había sido total. Sus sueños de riqueza se habían evaporado y ahora sólo le esperaba la dura sentencia de un tribunal de justicia.

A los pocos segundos, se oyó una sirena policial. Dibson se arrodilló junto a Fay, que parecía muy desmoralizada.

—No temas, saldrás de ésta —aseguró.

—Haré todos los posibles para que obtengas una sentencia mínima —añadió Helen afectuosamente.

* * *

—¡Hola a todos, chicos! —saludó Helen al entrar en la habitación—. ¿Cómo se encuentra la pandilla?

—Estás guapa de veras —dijo el Zurdo.

—Ya eres otra vez tú —sonrió Sylvia.

—No sabes cuánto lo celebro —dijo el Cojo.

—Hicisteis una buena labor, chicos —contestó Helen.

—Bah, todo fue asunto de Red —sonrió el *Dandy*.

—A él le debes dar las gracias y no a nosotros —indicó el Bizco.

—Sí, claro pero ya hablaré más tarde con Red. De momento, os he traído algo interesante.

Helen abrió su bolso y empezó a sacar rectángulos de papel, que entregó sucesivamente a cada uno de los congregados. Sylvia leyó el

suyo y lanzó un chillido.

—¡Helen, es demasiado!

—¿Por qué? —preguntó la joven—. Red hizo un trato conmigo...

—Pero por cincuenta mil dólares cada uno... y tú nos das el doble exactamente...

—Os lo merecéis —aseguró Helen firmemente—. Ah, Sylvia, esto es aparte de tu factura de cirugía estética. ¿Ya has buscado al especialista?

—Iré uno de estos días —contestó la Gorda riendo—. No me corre mucha prisa y... bueno, el quirófano me da mucho miedo...

—Piensa en el tipo que tendrás después y te resultará más fácil.

De pronto, Roafes se levantó y fue hacia una ventana, en uno de cuyos vidrios apoyó la frente.

—¿Qué le pasa? —preguntó Helen.

Sylvia hizo un gesto. La muchacha comprendió y se acercó a Roafes, poniéndole una mano en la frente.

—Hal, todavía te acuerdas de Zena, ¿verdad?

Roafes asintió en silencio.

—No eres un viejo ni mucho menos —agregó Helen—. Encontrarás a otra mujer y volverás a vivir.

El *Dandy* se volvió y sonrió.

—Gracias, Helen —dijo solamente.

Ella apretó su mano. Luego se volvió hacia los demás.

—Bien, creo que deberíamos descorchar un par de botellas de champaña para celebrarlo —propuso—. He traído una caja en el coche...

—Dame las llaves y yo la subiré —exclamó el Zurdo vivamente.

Helen se acercó a Sylvia.

—Además de tu factura médica, pagaré la de Fay. Ella está conforme en recobrar su rostro anterior. El fiscal tendrá en cuenta sus declaraciones. Sobre todo, si se piensa que Humble hizo la mayoría de las cosas, incluso ordenar los asesinatos que cometió mi ex prometido. Pero no resulta agradable saber que existe un doble de una...

—Es una excelente idea —aprobó Sylvia.

De pronto, Helen miró a su alrededor.

—¿Dónde está Red? —exclamó—. Pensé que habría acudido a la

reunión.

—Se ha marchado —contestó el Bizco.

—¿Por qué?

Nadie quiso dar una respuesta. Helen frunció las cejas.

—Vamos, quiero saber dónde está. Tengo que hablar muy seriamente con él —manifestó.

—Helen —dijo la Gorda.

—¿Qué, Sylvia?

—Es cierto que Red sabía que ibas a venir... pero nos dijo que... Bueno, demonios, tengo que ser sincera contigo. A ti te sobra el dinero hasta por los poros de la piel... y él, claro...

Helen dio un furioso taconazo en el suelo.

—¡El dinero no importa en este caso! —gritó—. ¿Es que no me amaría igual si fuese pobre?

—Claro que sí, pero da la casualidad de que eres muy rica...

Helen avanzó hacia la otra mujer.

—Sylvia, tú sabes adónde se ha ido y si no me lo dices... ¡te sacaré los ojos! ¿Me has oído?

La Gorda se echó a reír.

—Si no me lo hubieras pedido de ese modo, no te lo habría dicho nunca. Red va camino del aeropuerto; ha tomado un pasaje para Hawai y...

Helen echó a correr.

—¡Sylvia, pide otro pasaje para mí en el mismo vuelo! ¡Si es necesario, anuncia que hay una bomba en el avión!

—Descuida, encanto; llegarás a tiempo —aseguró la Gorda.

El Zurdo entró segundos después, con una caja en los brazos.

—¿Adónde iba Helen? Corría como una loca...

—No te preocupes —dijo el Cojo—. Destapa una botella. Brindaremos por dos buenos amigos, que pronto serán marido y mujer.

—Amén —exclamó Sylvia solemnemente.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.